

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

JULIO - AGOSTO, 1948

SUMARIO

PAUL VALERY: *ESBOZO DE UNA SERPIENTE* ¶ GONZALEZ VERA: *EN EL LICEO* ¶ SERGIO ATRIA: *RETABLO* ¶ MANUEL ROJAS: *DE QUE SE NUTRE LA ESPERANZA* ¶ P. J. PROUDHON: *EL REGRESO DE LA CONFERENCIA* ¶ ENRIQUE ESPINOZA: *LA SINTESIS GENUINA DE LUGONES* ¶ LEOPOLDO LUGONES: *LOS DOS LUNATICOS*

SANTIAGO 46 DE CHILE

En este Número

PAUL VALÉRY.— 1871 - 1945. Su «Esbozo de una serpiente» aparece traducido por vez primera entre nosotros gracias a Oscar Vera que también tradujo «El cementerio marino» y otros poemas representativos del autor de *Charmes*. Véase en el número 2 de BABEL: «América, proyección del espíritu europeo», un ensayo del propio Valéry.

SERGIO ATRIA.— Organizó últimamente una «Antología de poesía chilena» para *Cruz del Sur*. De su antigua y directa relación con las letras habla en este mismo número González Vera. Es traductor fidedigno de numerosas páginas francesas en verso y prosa. Entre otras, las del libro de Joseph Kessel sobre Palestina.

GONZÁLEZ VERA.— Con anterioridad hemos publicado: «Estudiantes del año veinte» (N.º 28); «Mis relaciones con la religión» (N.º 35); «En el Club de Septiembre» (N.º 37); «Aprendiz de barbero» (N.º 39); «Cuando era muchacho» (N.º 40); «Vuelapoco y otros» (N.º 42); «Patancha y el vegetariano» (N.º 43); «Maruri esquina de Cruz» (N.º 44). Todos recuerdos personales del mismo autor.

MANUEL ROJAS.— Ha publicado en BABEL: «Ensayo de la mañana» (N.º 13); «Deshecha rosa» (N.º 14); «El último combatiente» (N.os 15-16); «El animismo de Hudson» (N.º 18); «El cuento y la narración» (N.º 19); «España otra vez» (N.º 22); «Versos para la revolución de Octubre» (N.º 24); «Antólogos y antologías» (N.º 25); «Paz en Europa» (N.º 27); «Recuerdos de Gómez Rojas» (N.º 28); «El socialismo y la libertad» (N.º 30); «Nocturnos» (N.º 32); «Diez años» (N.º 34); «Hans Steffen y la lealtad» (N.º 37); «La literatura y el hombre» (N.º 38); «Sacco y Vanzetti» (N.º 41); «Dos centenarios» (N.º 44).

PIERRE - JOSEPH PROUDHON.— 1809 - 1865. «El regreso de la conferencia» integra su estudio sobre Courbet y fué traducido de una de sus obras póstumas por Laín Díez. En nuestro número anterior Jean Cassou ofrece una síntesis muy atendida de la personalidad de Proudhon. La editorial *Americalee* de Buenos Aires ha publicado el interesante libro de Sainte - Beuve sobre su vida y su correspondencia.

ENRIQUE ESPINOZA.— Véase «La escuela de Sarmiento» (N.os 13 y 14) y «El sentido social de Martín Fierro» (N.os 40 y 41) que con «La síntesis genuina de Lugones» forman parte de un libro inédito titulado: *El espíritu criollo*.

LEOPOLDO LUGONES.— 1871 - 1938. Su diálogo entre Hamlet y Don Quijote (comparable al congénere de Brandes) pertenece al *Lunario* y data de principios del siglo. Pedro Henríquez Ureña lo consideraba entre lo mejor que se había producido acerca de dichos personajes en la literatura universal. Sin embargo, una revista de Buenos Aires acaba de omitirlo en una colección de páginas retrospectivas con motivo del cuarto centenario de Cervantes. Lo que confirma una vez más que nadie es profeta en su tierra.

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRÍTICA

DIRIGIDA POR ENRIQUE ESPINOZA

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL

DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN

Y SE EDIFICA LA BABEL

EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

JULIO — AGOSTO, 1948

AÑO IX

46

VOL. XI

SANTIAGO DE CHILE

Paul Valéry

ESBOZO DE SERPIENTE

PAUL VALÉRY. — ESTE «ASPER CON-
TEMPTOR DEUM» ME PARECE ANTE TODO Y SOBRE
TODO UN MAESTRO LIBERADOR. NADIE HA HE-
CHO MÁS QUE ÉL, NI EL MISMO VOLTAIRE, POR
EMANCIPARNOS Y DESTETARNOS DE LAS FES, DE
LOS CULTOS Y DE LAS CREENCIAS. PRECISA-
MENTE EN UN TIEMPO EN QUE FRANCIA DES-
GARRADA PARECE DISPUESTA A BUSCAR EN LA
DEVOCIÓN CONSUELO, REFUGIO Y SALVACIÓN (CO-
MO HIZO AL FINAL DEL REINADO DE LUIS XIV,
DESPUÉS DE LAS DERROTAS DE NUESTROS EJÉR-
CITOS, CUANDO LA BEATERÍA DEL SIGLO, EN
CONCURSO CON LA SUYA PROPIA, REDUJO AL SI-
LENCIO A RACINE), ESTA VARONIL ENSEÑANZA
DE VALÉRY ADQUIERE UNA IMPORTANCIA PAR-
TICULAR; COMO TAMBIÉN EL EJEMPLO DE SU
RESISTENCIA FRENTE A LAS PEORES AQUIESCEN-
CIAS. DECÍA NO OBSTINADAMENTE Y PERMA-
NECÍA COMO UN TESTIMONIO DE LA REBELDÍA
DEL ESPÍRITU.

ANDRÉ GIDE.

EN EL árbol mece la brisa
la víbora que parecí;
el diente muerde una sonrisa
que, iluminada de apetitos,
por el jardín se arriesga y vaga,
y mi triángulo de esmeralda
lanza su lengua de dos filos...
Bestia soy, sí, mas bestia aguda
cuyo veneno, aunque vil, es
más sutil que sabia cícuta!

Suave es el tiempo de vagancia!
Temblad, mortales! Fuerte soy
cuando consigo, a mi sabor,
bostezar con todo mi ser!
Del cielo aguza el esplendor
esta serpiente que me viste
de una animal simplicidad;
venid a mí, raza insensata!
Erguida estoy, ágil, despierta,
igual que la necesidad!

Sol, oh Sol!... Error fulgurante!
Tú que escondes la muerte, Sol,
bajo una tienda de oro y cielo
en que las flores se aconsejan;
con impenetrables delicias,
tú, el más altivo de mis cómplices,
de mis celadas la más noble,
libras las almas de saber
que el universo es un defecto
en la pureza del No Ser!

Gran Sol, tú, que al ser desperezas
y lo acompañas con tus fuegos
y lo circundas con un sueño
de engañosos campos pintado,
autor de fantasmas gozosos
que hacen esclava de los ojos
la presencia oscura del alma,
siempre he admirado la mentira
que viertes sobre lo absoluto,
rey de sombras hecho de llama!

Báñame en tu torpe calor;
venga en él mi pereza helada
a meditar algún desastre
según mi índole enlazada...
Me fascina el sitio que vió
caer la carne y ayuntarse!
Ante él madura mi furor
y se aconseja al concentrarse;
me escucho allí, y en mis anillos
murmura mi meditación...

Oh, Vanidad! Causa Primera!
Aquél que gobierna los cielos,
con una voz que fué la luz,
abrió el espacioso universo.
Hastiado de su visión pura,
el mismo Dios rompió el obstáculo
de su perfecta eternidad
y quiso ser el que disipa
en consecuencias, su Principio,
y en estrellas, su Unidad.

Cielos, su error! Tiempo, su ruina!
Y el abismo animal, abierto!...
Qué gran caída en el origen
reverbera en lugar de nada!...
La primera voz de su Verbo,
YO!... El más soberbio de los astros
que dijo el loco creador,
yo soy!... Y seré!... Ilumino
la disminución divina
con los fuegos del Seductor!

Radioso objeto de mi odio,
tú, en quien puse todo mi amor,
tú, que debías del infierno
dar el imperio al que te amaba,
mírate ahora en mi tiniebla!
Delante de tu imagen fúnebre,
de mi turbio espejo alabanza,
fué tan profunda tu desdicha
que tu soplo sobre la arcilla
fué un suspiro sin esperanza!

En vano amasaste en el fango
una casta dócil y fácil
que te ensalzara con sus cantos
al diario triunfo de tus actos!
No bien moldeados y soplados
los bellos hijos que creaste,
Doña Serpiente les silbó:
— Hola, dijo, recién llegados,
sois nada más que hombres desnudos,
sois seres necios y blanqueados;

a la semejanza execrada
hechos fuisteis; por eso os odio
como odio el Nombre que crea
tantos prodigios imperfectos!
Yo soy aquél que modifica
y retoca el alma confiada
con dedo hábil y misterioso!...
Cambiaré estas obras informes;
de estas culebras evasivas
haré reptiles furiosos!

Mi Innumerable Inteligencia
en el alma de los humanos
halla un arma de mi venganza
que fabricaste con tus manos!
Y aunque en su cámara estrellada
a tu Paternidad velada
sólo incienso se ha de ofrendar,
quizá el exceso de mis artes
podrá con lejanas alarmas
sus altos designios turbar!

Voy, vengo, insinúo, vuelvo,
desaparezco en un ser puro!
Habrá jamás seno tan duro
que no pueda albergar un sueño?
Seas quien seas, sólo soy
esa complacencia que asoma
en tu alma, cuando ella se ama.
En el fondo de su favor
soy ese único sabor
que tú no encuentras sino en tí!

A Eva, antaño, sorprendí
en sus primeros pensamientos,
cuando a sus labios entreabiertos
subían las rosas mecidas.
La perfecta se me mostró
con su vasto vientre dorado,
sin temor del sol ni del hombre,
al ojo del aire ofrecida,
con el alma aun torpe, y cohibida
ante el pórtico de la carne.

Oh, montaña de beatitud,
eres tan bella, justo premio
de la total solicitud
de los espíritus mejores!
Para que a tus labios se prendan
sólo les basta que suspires!
Los más puros caen perdidos;
los más duros, más mal heridos...
Hasta a mí mismo me enterneces
de quien nacieron los vampiros!

De mi escondite en el follaje,
reptil con éxtasis de pájaro,
mientras que con mi verba falsa
tejía de astucias la red,
yo te bebía, oella sorda!
Clara, tranquila, esplendente,
miraba con ojo furtivo
de tu cavello el oro ardiente
y tu bella nuca abrumada
por los secretos de lo vivo!

Yo estaba allí como un olor,
como el aroma de una idea
de la cual no logra brotar
la insidiosa profundidad!
Y te inquietaba, candorosa
carne indecisa blandamente,
sin que te hubiese intimidado
el vacilar en mi esplendor!
Caerás pronto, lo presiento,
tu matiz se muda en rubor!

(La soberbia simplicidad
exige infinitos cuidados!
Su transparencia de miradas,
su necedad, dicha y orgullo
guardan bien la bella ciudad!
Sepamos crearle asechanzas
y con arte raro y sutil
asediemos esa alma pura;
ese es mi fuerte y mi deleite;
a mí los medios de mi fin!)

Con una baba destlunbrante
hilemos livianos sistemas
en que la ociosa y blanda Eva
en vagos riesgos se enmarañe!
Que bajo una carga de seda
tiemble la piel de esa cautiva
sólo al azul acostumbrada...
No existe gasa más sutil
ni hebra invisible más segura
que de mi estilo la urdidura!

Dora, lengua! Dórale las
más dulces sílabas que sepas!
Alusiones, finezas, fábulas,
mil y un silencio cincelado,
nada desdeñes que la dañe
o que la halague o que la induzca
en mis designios a perderse,
dócil al cauce en que se encajan
en lo hondo azul de las quebradas
las aguas que del cielo bajan.

Oh, cuánta inimitable prosa,
cuánto fino ingenio lancé
en el dorado y suave dédalo
de esa oreja maravillosa!
Pensaba: aquí nada se pierde,
todo aprovecha al alma tensa!
Y triunfaré, si mi palabra
del alma asediando el tesoro
como la abeja una corola
no deja en paz la oreja de oro!

«No hay — decía — más insegura
palabra, Eva, que la Divina.
En una ciencia viva estalla
esa enorme fruta madura!
No escuches al Ser viejo y puro
que maldijera al que la muerde!
Pues si tu boca engendra un sueño
esa sed de la savia oscura,
esa delicia aun no futura
esa, Eva, es la eternidad.»

Ella bebía mis palabras
que una obra extraña construían;
su ojo, a veces, perdía un ángel
para volver a mis ramajes.
El más astuto de los seres
de tí se burla por ser dura:
pérfida y grávida de males,
es una voz en la espesura!
— Pero atenta y seria Eva estaba
y bajo el árbol la escuchaba!

«Alma, — decía — donde moran
todos los éxtasis prohibidos,
no sientes el amor sinuoso
del cual al Padre despojé?
Esa pura esencia del Cielo
a fines más dulces que miel
va con deleite encaminada...
Toma esa fruta... Alza tu brazo...
Para coger lo que desees
tu bella mano te fué dada!»

Qué silencio de ojos abiertos!
Pero ese seno que mordía
de sombra el Arbol, palpítala!
Brillaba el otro como un fruto...
— Sigue silbando! me cantaba:
y yo sentía estremecidos
de este mi látigo sutil
todos los pliegues que me abruman,
desde el berilo de mi frente
hasta el peligro hacia el que ondulan!

Salve, Genio! Larga impaciencia!
Tras tanta espera, llegó el tiempo
en que hacia la nueva sapiencia
nacerá un paso de sus pies!
Yérguese el oro, vive el mármol!
Las rubias bases de oscuro ámbar
tiemblan a punto de moverse!...
Por fin vacila la gran urna!
De ella saldrá el consentimiento
de la aparente taciturna.

Del placer que tú le propones,
cede, cuerpo, cede al encanto!
Que tu sed de metamorfosis
en torno al Arbol de la Muerte
engendre una serie de faces!
Ven sin venir! Forma tus pasos
vagamente, cual bajo rosas...
Oh, cuerpo, danza... No medites!
Aquí las delicias son causas
suficientes para las cosas!...

Qué locamente me ofrecía
esa infértil fiesta de goce:
ver en la pura y fresca espalda
la desobediencia temblar!...
Derramando ya sus esencias
de ilusión y sabiduría,
el Arbol del Conocimiento
movía su cuerpo que baña
el sol y que inspira el ensueño!

*Gran Arbol, Sombra de los Cielos,
irresistible entre los árboles,
que en las flaquezas de los mármoles
persigues zumos deliciosos;
engendrador de laberintos
en que las tinieblas cautivas
se perderán en el zafiro
de la sempiterna alborada,
pérdida dulce, aroma o céfiro
o paloma predestinada,*

*oh, Cantor, bebedor secreto
de recónditas pedrerías,
cuna del reptil soñador
que a Eva en ensueños sumió,
Ser angustiado de saber,
que siempre, por ver lejanías,
creces de tu cima al llamado,
que ágiles en el oro puro
ramas humosas, brazos duros*

*y en el abismo tus raíces,
puedes rechazar lo infinito,
que no es más que tu crecimiento,
y desde la tumba hasta el nido
ser todo Conocimiento!
Pero este amante de desastres
a la áurea luz de soles secos
viene en tus ramas a enlazarse;
tu tesoro a sus ojos tiembla.
De tí caerán frutos de muerte,
frutos de angustia y de desorden!*

*Bello reptil que el azul mece,
silbando, con delicadeza,
ofrezco a la gloria de Dios
la victoria de mi tristeza...
Sólo me basta que la inmensa
esperanza de un fruto amargo
angustie a los hijos del fango...
— Esa sed que te hizo gigante
hasta el Ser exalta la extraña
omnipotencia de la Nada!*

(Traducción de Oscar Vera)

EN EL LICEO

I

MI PADRE velaba por mí. Quiso que tuviera relaciones con niños decentes. ¡Alabado sea! Condújome al negocio de un amigo suyo, llamado Tobías Badilla. Me recibió afablemente y en el acto hizo venir a su hijo, de edad semejante a la mía.

El muchachito se mostró tímido. Tenía rostro redondo y ancho. Saludó muy encogido y no cesó de mirarme del caballo a los pies. Aunque iba vestido casi de etiqueta, resultó mi presentación inferior a la suya. Comprendí que no cabía en su órbita. Empero, lo seguí viendo, porque vivíamos cerca, durante años. Era estudioso, ordenadito, aseado. En el Liceo estuvimos en cursos paralelos. A la salida debíamos caminar hasta Independencia. No obstante, jamás nos encontramos. Si me venía por Juárez, hacía él por Dávila. Al cruzarnos sorprendía en su mirada algo así como un reproche. Era hijo único y quizás qué ideas dominaban en su casa. Continuaba siendo un niño compuesto, ordenado y aséptico. Al hacerme hombre dejé de verle. Tal vez sea un profesional grave, acaso tenga hijos y los eduque al margen del tumulto y de la vida.

Entre mis condiscípulos tuve amistad con Eduardo Aranda, muchacho pálido, de piernas largas, que andaba sin hacer ruido, era cordial, afectuoso, buen peleador, dibujaba con soltura, rondaba a las muchachas y solía llegar a su hogar a la oración. Su madre, señora de porte severo y de carácter también severo, tuvo un día la ocurrencia de ir al Liceo a saber cómo iban los estudios de su hijo. Allí le informaron que Eduardo faltaba de clases desde comienzos de año.

Por propia determinación éste habíase inscrito en Bellas Artes. No recuerdo cómo Eduardo supo de la visita de su madre. Al mediodía desapareció. Su familia, alarmada, púsose en movimiento. Uno fué a la comisaría, otro a investigaciones, y su padre — que usaba profunda barba negra — interrogó a los vecinos y a mí también. Hízome muchas preguntas, porque debí suponerme cómplice en la desaparición de su hijo, basado en la mala fama que yo tenía entre las ma-

dres por estar de continuo en la calle, ser vociferador y algo impío. Las madres, en sus conversaciones, debieron acrecentar mi mala fama con invenciones de su cosecha. Hubo una que me apedreó al verme platicar con su benjamín. Sospechaban que mi contacto los alejaba del temor de Dios y los enteraba de secretos fundamentales. Falsa imputación.

Al anoecer, por casualidad entré al taller del pintor Manriquez y en un rincón, en actitud anhelante, hallé a Eduardo Aranda. Lo dominaba el temor y quería irse a Valparaíso. No se atrevía a presentarse ante sus padres. Su decisión me conmovió. Lo ví perdido para siempre y me figuré la desesperación de los suyos con tremenda vivacidad. Entonces adopté un aire espantoso y le dije que debía regresar a su hogar. El se resistió. Mi recurso final fué amenazarle con acudir a un guardián. (En este feo acto de acudir a la policía no he vuelto a incurrir.) Aranda cedió. Lo llevé conmigo hasta unos árboles próximos a su hogar y me adelanté a dar el aviso y pedir que no fuesen rigurosos con él. Su madre me escuchó sin inmutarse. No pude leer en su rostro cual sería su determinación cuando el hijo apareciera.

Otro amigo de entonces fué Lautaro Silva Calderón. Era sanguíneo y reía con fuerza. Al llegar a su domicilio besaba a su padre, que estaba en una mecedora con la bigotera puesta. Estudió bien y apenas recibió su título de médico se embarcó.

Del Liceo solía venirme hasta Avenida La Paz con Marcos Bontá, muchacho que pasaba del enojo a la risa fácilmente, y que daba importancia a demasiadas cosas. Distaba de ser un filósofo. Aunque inició estudios universitarios, de repente se entregó a la pintura y después partió a Europa.

Mi curso era muy heterogéneo. Los más elegantes fueron Fankildorf y Andrés Javalquinto. Hubo varios con apellidos franceses, italianos y alemanes y unos cuantos descendientes de árabes con ojazos negros y febricantes.

Al dejar el Liceo la vida les impuso destinos muy desiguales. Uno de ascendencia alemana acabó en lustrador. Otro llegó a capitán. Un tercero, un joven caballerito, convirtióse en borracho. Varios fueron médicos. Uno es todavía algo así como vagabundo y mendigo. Se lo señalé a la doctora María Guajardo que, luego de mirarle, dió el nombre de una extraña enfermedad cuyos estigmas adivinó en su paso. Otros son arquitectos, burócratas, comerciantes, abogados. A unos suelo verles en los paseos públicos con sus señoras y chicuelos.

Nos saludamos de modo especialísimo, como si fuésemos resucitados. En alguno me parece adivinar cierta molestia ante el encuentro. Le sorprende que aun viva y me sorprende que viva.

Cuando evoco cómo eran y los confronto con lo que ahora son, cuando los veo, y me veo, en el viejo colegio tan espontáneos, en vías de alcanzar un porvenir grandioso, compruebo que apenas uno deja la adolescencia empieza a decaer. Suelo encontrarme de sopetón con cualquier compañero de esa época. En ciertas circunstancias querría abrazarlo porque me invade la emoción antigua; lo abrazo y luego todo se enfría entre nosotros. Nos cuesta mirarnos, a cada nueva palabra aumenta la diferencia, nada nos es común, parecemos de mundos distintos y no seríamos más extraños si uno de nosotros fuera persa.

Los hallo tan cambiados, envejecidos y casi un poquito ridículos. Por la alarma que hay en sus ojos infiero que les ocurre igual, que les parezco una especie de pariente de mí mismo. Con rapidez avalúan mi vestimenta y noto que se cierran como ciertos cactus al anoecer. Presentí que uno de ellos habría escapado de no atarlo el convencionalismo de la educación. Los que me han visto así, cuando iban con sus mujeres, me han saludado sufriendo y aquéllas con hostilidad. Es una situación delicadísima porque hay que explicarle a la cónyuge en qué adversa ocasión trabó tan indeseable conocimiento. Si la cónyuge no es bondadosa, le refregará esa amistad en la primera reyerta, adelantando la suposición de que él también debe proceder de muy abajo.

Uno sabe que envejece, sobre todo si ha conservado fotografías de la niñez, pero por dentro se queda de buena fe en una edad equivalente a los treinta años. No sé si existen sujetos cuyo espíritu siga el ritmo de la edad cronológica. Unos conservan el tono del adolescente hasta poco antes de morir. Otros desde la niñez son adultos.

II

En el Liceo conocí a un muchachito de negro, bajo, de ojos grandes, peinado con pulcritud. No tenía más de doce años. Hablaba yo sin cesar y él me escuchaba como si mis palabras fuesen de vida o muerte. Una vez tracé unos cuantos garabatos y mostrándoselos le pregunté:

— ¿Qué caracteres serán estos?

Sergio Atria los observó a conciencia y, sin vacilar, dijo:

— Son cochinchinos...

Reí a gritos.

Además de peinarse con tan rara perfección — la raya parecía hecha con instrumento y no era posible advertir un solo pelo que no estuviese en el único sitio en que cabía — sus zapatos brillaban. Sin embargo, cuando al regresar a su hogar encontraba a su padre, era frecuente que éste observase:

— Eres descuidado.

Don Jorge, paseante solitario, podía andar leguas sin que se pegara a su calzado un gramo de polvo. ¿Cómo pisaba? Murió sin revelar el secreto.

Cuando Atria me invitó a su casa a tomar once, a las tres de la tarde, parecióme que nadie más había allí. ¡Qué silencio, qué persistente silencio! Después del té quise fumar, pero me pidió no hacerlo. Ningún Atria fumaba y la atmósfera quedaría impregnada de humo. Al irnos a su cuarto, pude percaterme que en cada pieza había un Atria entregado a la meditación o la lectura. Las tres hermanas, profesoras, disponían de bibliotecas propias. Los hombres tenían las suyas. Uno leía a los enciclopedistas. Sergio reunía obras de poesía y literatura. El menor se interesaba por libros de arte. Cuando éste resolvió hacerse pintor, debió plantar frente a su cuarto yerbas aromáticas para compensar el cáustico olor de la pintura. Aunque me enteré de la existencia de varios atrias no oí ninguna voz. (Al parecer ninguno hablaba sino en caso de necesidad suma: una o dos veces al mes.) Reinaba allí una paz de convento.

Empecé a visitar a Sergio con regularidad. Si llegaba a las dos, encontrábale con el sombrero puesto, lo que me inducía a pensar que saldríamos en el acto. No obstante, Sergio entraba a la habitación, salía, volvía e inevitablemente transcurría una hora. Chocábame que estuviese cubierto en su pieza, en nada semejante a una sinagoga. Al aludir a esta rareza suya, él reía sin decir palabra. Fué necesario que le hiciera muchas visitas, algunas sorpresivas, para enterarme de sus costumbres. Atria se ponía una toalla en el cuello, luego vaciábase un jarro de agua en la cabeza y en seguida peinábase pelo por pelo. Al concluir se cubría con un viejo sombrero ritual, y permanecía así hasta que su cabellera se secaba. Este proceso requería una hora. Después, ni con mucha era dable alterar la colocación de uno solo de sus cabellos.

Atria no fué nunca improvisador ni arrebatado. Su existencia toda era ritual. Al venir por él en la noche — en su casa comíase a las seis — no se ponía en camino sin dejar instalada al pie de su cama a una gata. A veces llovía. Entonces cubría el sitio que ocuparía el animal con una densa mano de diarios y lo dejaba allí, magnetizado. De otro modo la gata podía mancharle la colcha y alterar su culto a la limpieza absoluta.

Por frío que fuese el invierno, Atria no usaba lana ni siquiera chaleco. De verlo uno solía resfriarse.

A menudo íbamos al Parque Forestal. Otros adolescentes nos aguardaban para jugar a la barra. Sergio colocaba su sombrero encima de un macizo vegetal. Si yo estaba con el diablo en el cuerpo, cogía su sombrero y lo dejaba en el suelo. Entonces Sergio era presa de las más grande indignación, abandonaba el juego y lo frotaba hasta dejarlo sin mácula.

También íbamos al San Cristóbal. Sentábase a leer bajo unos árboles viejos que hubo en el sendero izquierdo, desde donde se puede mirar hacia el río. Dado su temperamento conservador no habría leído a gusto cien metros más arriba. Solíamos, sin ser deportistas, correr desde el Castillo hasta el pie del cerro. El partía y yo lo seguía a poca distancia. Al término nos tendíamos, sin hablar, una buena media hora para regularizar la respiración.

Con él me inicié en el secreto de las librerías de viejo que estaban en la primera cuadra de Bandera. Por sesenta centavos se adquirían maravillas. El fué formando su biblioteca desde entonces. Tuvo, además, la buena idea de hacer empastar sus libros con buenas encuadernaciones. Como ocurre, cuando se cae en este vicio, pronto no quedó sitio en su estantería y encajonó los excedentes. Esto determinó que comprase la misma obra dos o tres veces.

Gracias a su consejo conocí la literatura francesa. Entre un empleo y otro íbame a la Biblioteca Nacional y leía cuanto existía de Daudet, Zolá, Balzac y France, que fué el autor más celebrado por ambos. Atria, de temperamento contemplativo, enfocó la vida con humor y se impregnó de escepticismo, si es que no nació con él.

Fué mi consejero literario. Cuando empecé a escribir ¿por qué lo haría? le presenté mis originales. En uno, por ignorancia, usé el término huellado. El me dijo:

— Estaría muy bien si no existiera hollado.

Sergio completó sus humanidades y entró a medicina. Yo viví en continuo cambio. Solían deslizarse meses sin que nos viéramos, pero la casualidad terminaba por juntarnos. En una visita a su cuarto lo encontré con una mano de muerto que no dejó de impresionarme. Poco después, con el título de «hallazgo macabro», un periódico informó que un miembro humano se había encontrado en el Parque y, bajo éste, la siguiente sentencia: «Venganza. María.» Sin duda, decía el cronista, tratábase de un crimen atroz. Suponíase que el resto del cadáver debía encontrarse en las aguas del Mapocho, pero se ofrecía consuelo al lector declarando que la policía estaba en la pista. Nunca se supo el resto. Cuando en un nuevo encuentro hice mención del hallazgo ante Atria, aunque no dijo nada, no cesó de sonreír.

A Sergio, fuera de la literatura, le interesó la filosofía. Si le hablaba arduamente de la sociedad futura, sólo con, seguía que se burlara con gran comedimiento. Sin embargo no dejamos jamás de ser buenos amigos. Es demasiada pretensión que el amigo también comparta nuestras ideas.

Cada vez fué poniéndose más severo con mis escritos. En forma cortés pero seca contenía mi entusiasmo. Páginas que, en el momento de mostrárselas, parecíanme dignas de Flaubert, para él no significaban nada. Indignábame silenciosamente. Al irme y meditar en su juicio llegaba a la triste certidumbre de que tenía razón.

Atria, un poco arrastrado por mí, colaboró en varias de las revistas en que yo lo hice. En *Claridad* aparecieron sus relatos humorísticos titulados «Patrioterópolis», que firmó con el pseudónimo de Poil de Carotte. Sus páginas eran devoradas por la juventud universitaria. Más tarde hizo una que otra biografía, tradujo a poetas franceses y luego guardó silencio.

III

Es posible que por admiración a mi padre me hiciera anticlerical. Carecía de experiencia para serlo por convicción. De ahí derivé hacia un ateísmo recitativo y prematuro. Mas, al sentirme afligido no podía redimirme sino invocando el nombre de Dios.

En el liceo Santiago, en segunda preparatoria, tuve de profesor a don Emilio Vaisse. Una mañana, durante el re-

creo, paseaba con un condiscípulo. Nuestra conversación era arrebatadora. Otro muchacho, especie de cominillo, me preguntó con autoridad:

— ¡No vas a estudiar la tarea de religión?

— ¡Qué tengo que ver con ese fraile! — fué mi airosa respuesta. Me sentí heroico... pero quedé desasosegado.

Al comenzar la clase, don Emilio sacó un puro enorme. Lo encendió y luego de echar unas bocanadas inició su disertación con esa voz segura y entera que era la suya. El pequeño majadero levantó el dedo:

— ¡Señor, ese niño dijo que usted era un fraile!

Don Emilio me dirigió una mirada analítica, una de esas miradas con que se afronta a los insectos, y exclamó con su descomedida voz de bajo:

— Efectivamente: soy un fraile, pero como usted lo ha dicho de modo despectivo, es un roto. ¡Y se va para afuera! Obedecí confundido.

El gran patio estaba desierto. Permanecí junto a la puerta cerrada. Al poco rato vino el Rector, don Rubén Guevara, hombre alto, de aspecto noble, con barba cana — que solía acariciarse — y me preguntó que por qué estaba ahí. Le conté lealmente el hecho. El se llevó la diestra a la barba y continuó la inspección. Su actitud hacía creer que atendía lo externo pero, en verdad, vivía en permanente soliloquio.

Seguí asistiendo a las clases de don Emilio. Tal vez nos contó la historia de Jesús dando idea del ambiente geográfico en que éste vivió y predicó su doctrina. Recuerdo haberle oído hablar del Mar Muerto. Aunque desconocía el mar, tenía asociado a olas, tempestades, naufragios... Costábame concebirlo enteramente quieto, sin rumor alguno, acaso con sus aguas ennegrecidas.

Las otras asignaturas hacíalas el profesor don Venancio Díaz, cuyo corte de pelo, cuadrado, dábale gravedad a su rostro moreno. Era alto. Casi no sonreía. Sin embargo inspiraba confianza. Cuando un alumno conversaba o jugaba, suspendía la clase y hacía una seña al culpable para que le siguiese.

Con nuestra sala terminaba el ala derecha del edificio. Más allá había un zaguán. Era oscuro y vagamente siniestro. A ese lugar conducía al discípulo. A los pocos minutos reaparecían. El profesor proseguía su lección, y el chico, rojas las mejillas y los ojos con huella de lágrimas, permanecía

muy sericito, como si hubiera despertado en él otra personalidad. Al toque de recreo preguntábanle por lo ocurrido. El alumno no aventuraba ninguna declaración. Prefería mantenerse en porfiado silencio.

Mis relaciones con el señor Díaz fueron buenas, salvo cuando me dió una tarea de división que no pude resolver. Mirándola se preguntó en voz alta:

— ¿Cómo pude recibirlo en segunda preparatoria sin que sepa dividir?

Al matricularme hízome varias preguntas pero ninguna relativa a división. Volvíome a enseñar y salí del paso. No bien abandoné el Liceo lo primero que olvidé fué esta operación. Cada vez que he tenido necesidad de efectuarla debo preguntar cómo se hace.

I V

Logré ser promovido a primer año de humanidades. El cambio fué interesante. Para cada ramo teníamos un profesor. El de religión era un sacerdote gordo, también fumador, bonísimo, que se hizo estimar desde el comienzo. Solían llamarle «la mamá».

No pasaron dos meses sin que mi padre solicitara mi eximición. El profesor, que usaba larguísima boquilla, leyó el documento con voz disminuída, y cuando dijo que podía retirarme — lo que en el acto me dió una superioridad avasalladora —, acompañó sus palabras con una mirada tan triste, tan henchida de funestos presagios que, si uno pudiera guiarse por el impulso generoso que es la preforma de cada acción me habría quedado para evitar su pesadumbre.

Mi vida — se leía en sus ojos — desde ese instante iba en pendiente hacia el oprobio.

El profesor de matemáticas, don Manuel Aguilera, especie de ángel suelto, dijo al iniciar su primera clase:

— Niños... Usaremos de texto la Aritmética de Pröschle y Mardoqueo Yañez. Los autores me han regalado un ejemplar... ¡y lo daré al niño más pobre de la clase! — En esa parte agregó el ángel: — ¡A usted! Me señaló con tal precisión que debí acercármele en el acto, recibir el libro, agradecerse y tornar a mi asiento con el rostro cálido. Sentí vergüenza de ser motejado de pobre. No embargante lo era.

Mas, no quedé conforme. ¿Por qué es tan ofensiva la pobreza? Durante la hora observé a mis compañeros y descubrí con insano goce que éste llevaba su vestón muy zurcido, aquél ostentaba las solapas tachonadas de manchas, otro vestía un traje incoloro. El mío tenía uso pero lo conservaba limpio (y aquí envié una onda de gratitud a mi madre) y no carecía de ningún botón. Mi calzado, todavía presentable, lucía una capa de unto. Los pobres éramos la mayoría.

Cuando el señor Aguilera me señaló, un muchacho cuya familia poseía un pequeño almacén (el mismo majadero que me enemistó con don Emilio), expresó con voz llorosa que él era más pobre. No fué creído.

Después del primer semestre comencé a razonar sobre el uso que haría de mis conocimientos. Empecé por saltarme la clase de caligrafía que estaba a cargo del inspector general. Este, mencionado con el apodo de «el chanco Jarpa» no era simpático. Sus mejillas eran cerdosas, llevaba su cabeza algo caída y su voz, muy vagamente, recordaba el gruñido del cerdo. Su carácter era áspero y resumaba disgusto.

Al resolverme a prescindir de su asignatura, no consideré la índole del señor Jarpa, sino la certidumbre de que no sería calígrafo, razón que hacía inútil mi asistencia. Procedí con el mismo criterio simplista respecto a gimnasia y canto. Logré, a veces, eludir la vigilancia del portero y salir. El profesor de gimnasia, don Albino Ossa, persona constructiva y estimulante, fué mi amigo después. No formuló reclamo por mis inasistencias. Muy diversa fué la conducta del profesor de canto, que llegaba al Liceo en bicicleta y hacía su clase con tremenda energía. Era atlético, de rostro achinado. Falté a sus lecciones un mes, y, en seguida, víme obligado a volver.

— ¿Por qué ha faltado tanto?

— Como no seré cantor, resolví no venir más.

— Entonces se quedará de pie junto a la puerta y ay de usted si hace otra cimarra.

Estuve de pie mes y medio. Esa clase me aburría mortalmente. Era tan seca, tan técnica. El actuaba como una máquina que repitiera con paciencia sublime ingratos términos: fusa, semifusa, corchea, semicorchea. Gracias a la antipatía que experimenté no aprendí ningún rudimento del lenguaje musical. Es cierto que el no tenía por qué contemplar mi absurdo punto de vista, pero su sabiduría era árida. Sin embargo, del Liceo salió un bajo: Lautaro García Vergara.

Pronto debí lamentar mi ignorancia porque la música, quizás si la mala también, se adueñó de mi ánimo de tal manera que, si iba por la calle, fuera la hora que fuese, y oía tocar, no podía sino detenerme hasta que la última nota sonara. Cualquier obra despertaba en mí resonancias duraderas.

V

Era profesor de ciencias el doctor Carlos Fernández Peña. Mas, nadie le nombraba así, sino «el patrón». Era de rostro pálido, barbado y hablaba con seguridad. Su vocabulario carecía de eufemismos. Decíalo todo con palabras rudas. Además, no sonreía. Al echar su cabeza hacia atrás, descubriase el cuello de su camisa y la corbata negra idénticos a los que usara Abraham Lincoln.

No se quedaba en el pupitre. Viajaba por la sala mirando el trabajo de los alumnos. Rara vez dejaba de llevar en su diestra una regla.

Se detuvo ante mí.

— Y tú ¿cómo te llamas?

— José Santos González Vera, señor.

— Vera, verdad, verdadero, . . . ¿amas la verdad?

Si descubría que un alumno ocultaba algo o alteraba un hecho, estallaba:

— ¡No seas maricón! — Fuera de indignarse aplicaba un tremendo reglazo al mentiroso, lo que no era óbice para que dejaran de tenerle simpatía. Lo que es respeto, se lo tenían todos.

Solía ir de asiento en asiento oliendo a cada discípulo:

— Echa el aliento. . .

El estudiante lo hacía. Acercábase al siguiente:

— Respira por la boca. . . Está bien. Lávate los dientes con mayor cuidado.

— ¡Echa el aliento tú!

El alumno mantenía sus labios juntos.

— ¿No te he dicho que echas el aliento?

No cabía sino obedecerle. El doctor se retiraba unos pasos, muy disgustado, y miraba al pupilo fieramente:

— ¡Tú, sinvergüenza, estás fumando!

Si éste confesaba, lo reprendía con su vozarrón tempestuoso, pero, si pretendía negarlo, la regla caía sobre él una y otra vez.

Ninguno de los muchachos bebía. De saber el doctor que uno lo hiciera, sin vacilar lo habría dejado listo para hospitalizarse. El doctor era muy definido, de una pieza, con un concepto austero de la vida. Quería formar individuos verídicos, sanos, resueltos. Vigilaba a sus discípulos hasta en la calle.

En la tarde atendía su consultorio. Presumo que debió aburrirse pronto.

Tomó la vida con seriedad española y adquirió luego la obsesión de mejorar las habitaciones populares, la alimentación y acabar con el alcoholismo. Era un reformista apasionado, casi delirante. En donde había una reunión podía encontrarse hablando con su voz definitiva.

Los obreros teníanle por grande hombre. Los aristócratas y la gente que ronda en torno de éstos, un tanto trabajados por el cinismo, considerábanle loco. El chileno medio, si se le compara con nacionales de otros pueblos americanos, es reflexivo. No obstante, apoya a los mesiánicos. ¿Será por compensar su sequedad?

Cuando en la Cámara se debatía algo atingente al alcoholismo, allí estaba el doctor Fernández Peña. Si el hablante defendía a los viñateros, sacaba su largo brazo por sobre la baranda y con sus dedos hacía una «tamaño». Los demás parlamentarios soltaban la risa. Entonces, el afectado pedía al presidente que impusiera respeto al «individuo que le hacía canastillos con la mano». Antes de cinco minutos el doctor era arrojado de la tribuna por la fuerza pública.

Empero, ningún inconveniente logró desviarle de su propósito. En su gran cartera tenía estadísticas, leyes y literatura para argumentar, confundir y convencer al que visitaba, porque día tras día iba a ver al presidente, los ministros, los senadores y los diputados; a los jefes de partido, los prelados, los directores de diarios, al rector de la Universidad, a los generales, a cuantos ejercían poder.

Terminó por convencer o aburrir a los grandes dignatarios que, por quitárselo de encima, consintieron en cuanto pedía. En el primer período de Alessandri sonó la hora de su triunfo. Las cantinas fueron tan bien reglamentadas — imponíaseles el cierre a las doce del sábado y no podían abrir hasta las doce del lunes — que era raro ver ebrios en las calles.

Por desgracia vino la dictadura, aventó las restricciones y aún declaró que la cerveza es analcohólica, y aquel vió su obra, edificada en largos y pacientes años, desmoronarse.

Todavía suelo verle. Está un poquito doblado, pero conserva ágil el paso. Lleva su vieja carpeta bajo el brazo y mira por arriba de sus anteojos. ¿Hacia dónde camina? Va de un ministerio a otro, de una cámara a otra, sigue visitando a cuanto hombre manda. Hace prolongadas antesalas, pero al fin lo reciben y con su pavorosa seriedad arguye, explica, orienta. Mantiene intacta su fe, lucha por despertarla en los demás y conserva caliente su corazón.

VI

Mi profesor de castellano fué don Clemente Barahona Vega. Era alto, lleno de protuberancias, con mejillas sonrosadas y unos anteojos que daban lejanía a su mirada.

Deteníase en la esquina de Buenos Aires y se comía una empanadita. Luego entraba al Liceo como si recién bajara del cielo. Era afectuoso, entusiasta, y sólo por obligación, severo. El idioma, las obras literarias, el hallazgo de un refrán del Quijote en el lenguaje de los obreros, elevábanle al éxtasis.

Sin saber cómo me ví convertido en el gracioso del curso. Es cierto que su distracción era grande. Me hizo leer una página y quedó satisfecho. En seguida me preguntó:

— ¿Cómo te apellidas, González Vera?

— José Santos, señor.

Mis compañeros celebraron la respuesta con risas.

— ¡Qué lástima que un niño que lee tan bien sea tan maldoso! ¡Salga de la clase!

En los pocos meses que fuí su discípulo no atendí a sus disertaciones quizás si por pereza. Los verbos, los sustantivos, toda la nomenclatura gramatical, me tuvieron en contra por instinto. Era lógico que no me pusiera sino un dos.

Don Clemente fué un literato fervoroso. Escribía en revistas y diarios artículos breves, de intención humorística unos, de erudición menuda los demás. Sabía toda suerte de rarezas y sus pequeñas sabidurías editábalas en libritos de formato vario. Se denominan: *De brocha gorda y brocha flaca*, *Hilachas de frases*, *Cervantes y la rosa*, *La Zamacueca y la rosa*. Y así.

El tiempo que le dejaban las clases ocupábalo en ir a las imprentas, en charlar con otros escritores y en admirarlo todo. Viéndolo uno se figuraba que él y sus amigos eran pa-

rientes de Homero. ¡Qué exaltación, qué flujo de palabras bondadosas, qué entusiasmo para saborear la obra ajena!

Cuando me convertí en hombre fué a verme. Quería poner algo escrito por mí en su librito sobre la zamacueca y la rosa. Era un muchacho con ropaje de viejo. No difería de los niños sino en el saber. En lo demás los aventajaba porque era un niño bueno.

Con don Julio Vicuña Cifuentes, que tradujo los versos de Goncalves Dias, y don Leonardo Eliz, acometió la empresa de dar a conocer escritores y poetas brasileños. Las revistas del año cinco al quince están llenas de versiones suyas.

Ahora, seguramente, estará en el cielo.

VII

Sentía el impreciso deseo de verme libre del colegio. Una noche, mi padre — con esa seriedad que era en él consustancial, díjome:

— Mañana iré al Liceo. Me ha llegado una queja contra tu conducta. Espérame en la puerta.

Conmigo era muy lacónico.

Al día siguiente lo aguardé allí. Entramos juntos. Al momento se nos hizo pasar a la rectoría y don Rubén Guevara llamó al inspector general. Este renovó su queja. Yo no asistía a gimnasia, caligrafía ni canto, lo que era causa suficiente para que saliese del colegio.

— ¿No será posible excusarle por esta vez? — preguntó mi padre en tono no muy alto.

Temí que el inspector se ablandara.

Con su cabeza echada hacia adelante, que movía a izquierda y derecha — y agitando sus manos nerviosas entre los papeles del escritorio — masculló sin gran ardor nuevas negativas. Quería que mi padre implorase mi perdón.

Mi padre comenzó a erguirse y tomó una apostura que no llevaría a la conciliación.

El rector dijo entonces con suavidad:

— El niño ha obtenido buenas notas. Se le podría disculpar. . .

El inspector, sin mirarnos, emitió ruidos que era sensato valorar como negativas.

Mi padre saludó profundamente y volvió la espalda. Lo seguí. Estaba cierto de que la menor súplica mía habría

bastado para quedar en el Liceo. Sin embargo, me mantuve mudo y se decidió mi porvenir.

Apenas estuvimos en la calle, sentenció:

—¡Ahora trabajarás!— Y partió hacia el centro, acaso lleno de pesar

Sin replicarle, porque nunca antes ni después pude hacerlo, tomé el camino de mi casa embargado por una dicha sin límite. Acababa, sin vislumbrarlo, de rematar el acto más tonto de mi vida.

Mi madre lloró al saber la mala nueva.

Evité la presencia de mi progenitor. No me dirigió la palabra en mucho tiempo. A veces estaba yo en la acera. Al verle venir bajaba a la calle. El pasaba derechísimo, sin verme. De todas maneras su actitud me dolía.

VIII

En las noches reuníame con mis amigos en la esquina de Cruz. Cada uno habría podido hablar por su cuenta una o más horas. Era mucho lo que teníamos que comunicarnos. Dábamos los primeros pasos en busca de un concepto del mundo. Agustín Ortúzar, que estudiaba derecho, nos hablaba del origen de la propiedad. Ledesma había leído una historia de la inquisición. El linógrafo Espinoza se limitaba a sonreír. Trabajaba en «La Unión» y vivía en un ambiente de cerrado catolicismo, pero, como la mayoría de los gráficos, había compuesto infinidad de artículos en favor y en contra de todo, perdiendo, pues, el concepto de la verdad, y obraba a semejanza de los escépticos. El que lee un solo periódico dispone de una verdad más fácil y manual. Eduardo Aranda era más emotivo que ideólogo. Silva Calderón y d'Ottone acercábanse al radicalismo. Yo también hablaba. Una vez que peroré cerca de media hora, el linógrafo dijo, regocijado:

—¡Cuando veamos firmando articulitos a don José Santos!

Una escuela proletaria, nocturna, se abrió en calle del Rosario. Alguien me llevó. Entre los profesores figuraba un joven Videla que enseñaba literatura y vivía de un empleo en la Casa de Moneda. Usaba un sobretodo larguísimo. Otro joven, Raimundo del Río, hacía clases de física. Esa escuela tenía ambiente. Solía recitar un muchacho flaco, amanerado y míope, los versos de José Asunción Silva. Al modular: «Y era una sola sombra larga...» alzábse en la punta de

sus pies, y con sus brazos, muy largos, que movía hacia un costado, daba idea del largor de la sombra. En esa parte se le aplaudía con frenesí. La primera vez que oí esos versos me impresionaron. A él debían tenerle impresionado a permanencia porque los que escribía por su cuenta eran meras variantes de aquéllos. Todavía suelo verle. Anda pegado a las paredes y va envuelto en abrumadoras bufandas. Si puede, lleva guantes y polainas.

Conocí en la escuela a un chico de apellido Jodorovski. Caminábamos por el barrio hablando. Tenía la efusión cálida de los eslavos. Su padre tuvo una fábrica de calzado. Sin saber cómo dejé de verle y él se hizo humo. Su amistad me hacía falta.

Otro amigo entrañable fué un muchacho Pineda, cuya familia vivió en un pasaje próximo a Dávila. Escribía versos sobre el arrabal. De noche los recitaba. Recuerdo un verso suyo: «los profundos sollozos del piano». Encontré sublime la composición en que figuraba. Pineda estaba convirtiéndose en tuberculoso. Era cordial, gris y callado. Murió pronto. A veces me espanta recordar la infinidad de jóvenes que conocí y fueron muriendo entre los quince y los veinticinco años. Un chileno pobre que llega a la madurez debería ser pensionado sin ningún otro requisito.

El sabio de la escuela era Espejo. Procedía del Liceo y debía estar al término de sus humanidades. Sólo le faltaba cordialidad. De rostro moreno, rasgos finos, era poco dado a la sonrisa y sí a la crítica. Sus razonamientos causábanme espanto. Era inevitable encontrar su aguda mirada, percibir su silencio hostil. ¿A qué iba a la escuela? Dominaba en él el negativismo de los ancianos.

En una de sus clases Videla habló de los principales dioses griegos, señalando su cualidad más genuina. Nos conmovió. Videla hablaba con exaltación y poseía el don de transmitirla.

—Sin un conocimiento sistemático de la mitología, no irán a ninguna parte— expresó Espejo—. ¡No se hagan ilusiones! Ni siquiera podrán entender la historia de Grecia— y se fué dirigiéndonos una mirada desdeñosa.

Solían efectuarse veladas matinales los domingos. Se hablaba de los derechos y deberes del ciudadano y un poco en favor de los pobres. Tal vez allí se me grabaron las palabras democracia, explotación, paria, etcétera. Durante años me limité a saber la palabra democracia. No era de mi agrado

y nunca la usé. Debió influir en mi prevención la circunstancia de tenerla asociada a bebedor y tabernero. En el barrio menudeaban las cantinas y sus dueños eran demócratas. Muchos de los bebedores también lo eran. Los taberneros fueron obreros económicos, ansiosos de liberarse del trabajo asalariado. ¿Cómo habían resuelto su problema? Abriendo cantinas en las cuales expoliaban al trabajador con ferocidad sostenida. Muchos echaban las sobras de vino en un recipiente y las vendían a clientes todavía más míseros.

★

Sergio Atria

R E T A B L O

HACÍA rato que mi padre había partido a su trabajo; era tipógrafo y yo gustaba repetirlo con orgullo, aunque no vislumbraba qué oficio era ese. Mis hermanos mayores también habíanse ido a la escuela, con sus libros y sus meriendas bajo el brazo. Sólo quedábamos en el hogar mi madre, mi hermanito y yo. Era una tarde de fines de otoño de opaca claridad dorada, como un fanal envuelto en velos. Por las habitaciones erraban mis hermanos ausentes jugando con voces y risas que únicamente mi corazón percibía.

Mientras yo, sentado en una silla de totora, miraba los rincones poblados de imágenes, mi madre cantaba, paseando en brazos al pequeño, que estaba enfermo:

*Un valiente cazador,
que en un bosque se internó...*

De súbito, su voz se afiló en un alarido:

— ¡Germancito se me muere!

Alcé la vista y ví a mi hermano doblado laxamente sobre el hombro de mi madre; sus ojos agrandados eran dos gritos mudos en su carita de cera; y, por su boca jadeante, manaba sangre. Una sangre dolorosamente roja.

Mi madre no atinaba a nada. Ceñida al cuerpecito flojo de su hijo, lloraba e invocaba a los santos de su devoción. Enumerando tantos seres sobrenaturales, tuvo una inspiración:

— ¡Corre a la parroquia — me dijo — y pide aceite de Santa Filomena para el niño!

Partí en volandas al viejo curato, convencido de que no quedaba a mi hermanito más salvación que aquel óleo milagroso. Mi pecho era un nudo de angustia y de esperanza cuando golpeé, frenético, las puertas de la sacristía. Abrió la Hermana Filomena, especie de ama de llaves, a quien circundaba renombre de imponderable bondad. Posó sus ojos azules sobre mí e inquirió, con suavidad:

— ¿Qué deseas, chico?

— Mi madre me manda pedirle un poco de aceite de Santa Filomena.

— ¿Para qué lo quiere?— y, observando mi expresión:—
¿Qué les pasa?

— ¡Es para mí hermanito que se está muriendo!— Rompí a sollozar, con el corazón desbordado ya por tantas emociones.

— ¡Pobre niño!— exclamó la Hermana con voz dulce y lastimera. — Bien, te daré el aceite; pero anda primero a decirle a tu mamita que cuesta una chaucha.

Sollocé todavía algunos instantes frente a la puerta cerrada de la sacristía y volví corriendo a dar el recado a mi madre; pero mis pies pesaban ahora como si fueran de plomo. Cuando penetré en la habitación hogareña ví que mi hermanito había recobrado el sentido; su boca estaba casi limpia de cuajarones; sus ojos no tenían esa expresión despavorida de hace un momento; y hasta habría jurado que sus mejillas estaban ligeramente coloreadas. En mi fuero íntimo achaqué este cambio a Santa Filomena, que habría intervenido sin la debida aprobación, es cierto, de la Hermana llavera y me hice el honesto propósito de ser más observante de las misas, rosarios, vísperas, misiones y demás oficios divinos que se sucedían incansablemente en la umbrosa iglesia parroquial.

*

Era una iglesia diminuta, toda construída de ladrillos rojos. Constaba de una sola nave con ventanales multicolores. Estos ventanales difundían una luz fosforescente que esmaltaba el piso de cuadritos rojos, verdes, azules, anaranjados. Al fondo, en un altar abovedado y al parecer dormida, yacía una Virgen adolescente, rodeada de ángeles en actitudes llenas de circunspección. Era Santa Filomena y mi gusto era pasarme las horas muertas contemplando su rostro puro, tenuemente aclarado en la penumbra por el ascua de una lamparilla solitaria.

Al anochecer, desde mi casa, oía el cristalino repique del Angelus. Entonces yo solía encaminarme al santuario conforme a mis propósitos de enmienda y movido además por una inexpresable atracción por el misterio...

En la iglesia sólo había una que otra vieja orante. No se escuchaba más rumor que el tamizado rodar de los carruajes por las piedras de las calles circundantes.

Pero había tardes en que un alborozado aire de fiesta alborotaba el ámbito sagrado. Sucedió eso para los bautizos.

Abría el cortejo un artesano muy tieso bajo el cuello almidonado. Le seguía una señora, no menos aderezada, que portaba con precaución infinita un montón de encajes. De ese bulto salían unos grititos ahogados. Era el nuevo feligrés que venía a redimirse del pecado original. Mujeres rumorosas y caballeros singularmente tímidos completaban la comitiva.

En un santiamén aparecía por una puertecilla don Amadeo — el teniente cura — revestido de cota y estola blancas y me seducía sobremanera verlo cómo, después de soplar tres veces sobre el rostro del párvulo para expeler al Demonio, le daba a gustar la sal de la sabiduría.

El tierno neófito aguantaba las más de las veces con entereza que lo liberaran del Malo; pero jamás dejaba de estallar en ruidoso llanto cuando trataban de inculcarle, aunque más no fuera simbólicamente, la sabiduría.

Acabado el ritual, don Amadeo desaparecía. Los padrinos con el nuevo cristiano se santiguaban y, muy serios y conformes, abandonaban el baptisterio. Pero, al aparecer en la calle, los saludaba una bulliciosa salva. Todos los pilluelos del barrio, que tenían una sensibilidad especial para esta clase de ceremonias, se agitaban pidiendo un óbolo. El padrino venía siempre preparado para afrontar esta especie de popularidad; echaba mano a la faltriquera y tiraba al aire montones de monedillas de plata. Los chicos caían sobre el pavimento en codicioso enredijo. Pero cuando apenas habían cazado la primera pieza, eran violentamente impelidos, deshechos y aventados como si un huracán soplara de improviso sobre el piño infantil. No era una fuerza de la naturaleza, sin embargo. Eran don Amadeo y la Hermanita Filomena que, para acrecentar sin duda los tesoros del Señor, no trepidaban en mezclarse humildemente con nosotros y, quieras que no, nos libraban de las mezquinas tentaciones del dinero.

*

Los domingos tenían para mí un singular encanto. El campaneo matutino ponía en mi pecho una esperanzada expectación, como si estuviera en el umbral de una felicidad no bien esclarecida. Me iba a misa con mi madre y me alucinaba con el múltiple brillo de los cirios y las notas líquidas del armonio, tocado por un joven ciego de la vecindad.

La última misa solían oficiarla el Padre Castro o el Padre Vila.

El primero era un clérigo obeso que vivía en perpetuo coloquio interior debido a que su miopía le impedía ver el coloreado espectáculo del mundo. Era un sacerdote inexplicable. Sucedió a veces que, en la mitad de la misa, quedábase con los brazos en alto, absorto, durante un cuarto de hora o más hasta que el acólito le murmuraba al oído alguna referencia sobre el tiempo fugaz. Otras veces acaecía algo más insólito aún: durante la consagración o en cualquier otra parte trascendental de la liturgia, salía como un sonámbulo hacia la calle, dejando a los fieles sin pastor. Era menester que fueran a atajarle y con muy buenos modos lo trajeran al altar a fin de que diera digno remate al santo sacrificio.

El Padre Vila era su antítesis. De rostro avellanado y seco, despachaba la misa con tal celeridad que las viejecillas se enredaban en los latinazgos y perdían el paso en las oraciones. Era muy amigo del Padre Castro y la diferencia de sus caracteres aparecía mejor cuando iban de plática por la calle. En el momento menos pensado, el Padre Castro se detenía en mitad de una cuadra, como en trance. El Padre Vila, ágil y nervioso, alcanzaba a la esquina hablando solo, encandilado por sus propios argumentos que esculpía con tajantes manotazos. Cuando reparaba en su soledad, gruñía un enérgico ¡Avermaría! y retrocedía a capturar a su extático amigo, a quien sacaba de su dulce estupor con unos cuantos remezones.

Una tarde mi madre me mandó donde el Padre Vila. Pasábamos entonces muchas privaciones y a veces sólo había agua para el puchero.

— Anda a venderle — me dijo — esos libros viejos para tener con qué comprar pan.

Partí con un poco de emoción, pues iba a hablar con un sacerdote. Habitaba el Padre Vila una casa de adobes en la calle Milagro. Me hizo entrar y, con su aspereza de costumbre, me interrogó:

— ¡A ver, chico, qué te trae por aquí!

Bastante cohibido, le dí a conocer el objeto de mi misión. Mientras él se calaba los anteojos y hojeaba mi mercancía mojándose con saliva los dedos, díme a curiosear con la vista la habitación. Era un hacinamiento de arcones, libros entrecabidos, sillas desvencijadas, cajones encopetados de utensilios rarísimos. Flotaba en el aire un desabrido olor a pes-

cado. Mis ojos de hurón, guiados por mi olfato, no tardaron en descubrir un lavatorio colmado de estiércol humano. Colgando de las vigas del techo, se mecía una hamaca con un revoltijo de frazadas y mantas. Allí dormía el buen Padre quien, sin duda alguna, amaba mortificarse.

A través de una puerta interior, veíase el patizuelo y en él una extraña armazón de tablones, algo semejante al esqueleto de una torre. La curiosidad pudo más que mi timidez:

— Padre ¿qué es eso?

El ministro del Señor me consideró durante breves instantes con tierna lástima.

— ¿No sabes — me dijo al fin — que se avecina un nuevo diluvio universal ante tanta iniquidad de los hombres?

Moví la cabeza espantado: yo no lo sabía.

— Dios — continuó mi vaticinante — sólo quiere que se salven los limpios de corazón y me ha inspirado la idea de construir esa torre. Cuando las aguas sepulten al mundo, allí nos guareceremos los justos.

Me pasó unas monedas y salí muy agitado interiormente por el terrible secreto que acababa de serme revelado. Desde entonces viví durante todo el invierno, lleno de íntimo recelo, avizorando las nubes tenebrosas y oyendo con agobio las lluvias nocturnas que sonaban en los canalones. Muchas veces estuvimos en un tris de que empezara el torrencial castigo divino. En mis adentros me había propuesto que, apenas llegara tan grave emergencia, yo iría a suplicarle al Padre Vila que concediera a los míos un lugar en su torre misericordiosa.

*

Los domingos en la tarde, don Amadeo nos impartía nociones de catecismo a los niños de la parroquia. Concurrían de todas las edades y pelajes, desde el hijo de artesanos acomodados hasta el granuja que, en vez de zapatos, ostentaba una corteza de mugre coriácea. Entre éstos suscitaban mi admiración el «Potite», el «Choroy» y el «Tonto Manuel» por la destreza de simios con que se colgaban de los hierros forjados de las ventanas y sobre todo por la habilidad impecable con que enganchaban con alfileres los velos de dos o tres chicas, que quedaban formando un alarmado racimo.

Don Amadeo razonaba sus piadosas enseñanzas con pellizcos y mojicones a los reacios a las ventajas de la vida celestial.

Solía proponernos, para su adecuada solución, delicados puntos de teología. Recuerdo que un día nos preguntó, a uno por uno, en qué parte del cuerpo residía el alma. La mayoría se limitó a rascarse pulgas imaginarias o a revolverse en sus asientos, dando a entender que consideraban el alma como cosa inefable. Yo, menos prudente, contesté:

—Reside en la cabeza.

Don Amadeo me propinó un tirón de orejas, mientras me decía:

—¡Hubiera preferido que te hubieras quedado callado como los demás! El alma reside en el corazón.

Esa tarde ilustré a mi padre acerca del sitio exacto en que moraba el alma. Creía hacerle un bien; pero él, lector empedernido de Bilbao y acaso de Voltaire, me replicó:

—¡Qué sabes tú, mocoso! El alma habita en la cabeza.

Y me dió un pescozón. Ese día me sentí mártir del cristianismo.

Otras veces, don Amadeo, solía contarnos anécdotas como ésta:

—Ayer vino a pagar una manda a la Virgen un niño de la aristocracia. Le pregunté: —¿Dónde está Dios?— Está en todas partes, me contestó. —¿Está, por ejemplo, en el bolsillo de tu blusa?— ¡Es claro!— Sácalo entonces. El niño metió la mano en su bolsillo y me respondió, sin turbarse: —Padre, es tan chiquito que no lo puedo encontrar y es tan grande que no lo puedo levantar...

Todos, salvo los impenitentes, nos sentíamos muy edificados con estos sucedidos y en el fondo envidiábamos a ese niño, no tanto por sus donosas réplicas, como por ser hijo de ricos, lo que nos hacía imaginar trajes de seda, vistosos juguetes y un número soberbio de cucuruchos de caramelos.

*

Era párroco don Ruperto. Todas las tardes pasaba, camino a su iglesia, llevando terciado con nobleza el manteo. Seguía la chiquillería del barrio y su mirada tenía más diaphanía que la de muchos de los chicuelos prendidos a su siga. El les repartía medallas que sacaba de un bolsillo inagotable.

Solían salir a esa hora de una taberna de los contornos obreros de andares excéntricos y expresión beatífica. También alargaban la mano y don Ruperto dejaba caer en ellas

monedas de plata que les servían para acentuar su beatitud. Si alguien le reparaba estas dádivas, respondía con sencillez:

—Son gentes muy piadosas. No hay más que mirarles la cara.

Este clérigo pasaba por santo y su fama había ya trascendido de los lindes de su parroquia. A menudo llegaban a pedirle consejo damas linajudas en carruajes tirados por briosos alazanes. Cuando ésto acaecía, salían a asomarse las devotas y se comunicaban de puerta a puerta sus impresiones.

Al anochecer, si hacía buen tiempo, misía Mariquita, doña Mercedes, doña Domitila, mi madre y otras vecinas, sacaban sus sillas a la vereda y se trasmitían recíprocamente las nuevas. Entonces solían referirse ponderadamente a don Ruperto. Algunas contaban que le habían visto elevarse en el santuario. Otras enriquecían con detalles inéditos milagros conocidos. Parlaban, quitándose la palabra de la boca, hasta que pasaba el farolero, con su escalera al hombro, encendiendo las trémulas luces a parafina de la calle.

Don Ruperto no sólo apacentaba su parroquia, sino que también había emprendido la construcción de un nuevo templo para albergar a Santa Filomena. Pero su pobreza sumía a veces en aflicciones sin cuento.

Un sábado sólo pudo ofrecer a sus artesanos estas consoladoras promesas:

—Vengan mañana, mis hijos, y verán como todo se habrá arreglado.

Después entró a orar a la iglesita solitaria. Un murmullo de vientos llegaba del huerto. Pasó una hora y la Hermanita Filomena vino a tocarle ligeramente el brazo:

—Venga a almorzar. No tengo más que un platito de puchero y, si tarda, se echará a perder.

—Déjame, que estoy con Dios.

Por la puerta entornada, se deslizó un pobre hombre vestido de remendada manta parda. Se prosternó un rato y se fué dejando un paquete.

Cuando volvió la Hermana Filomena a insistir en su refrigerio, don Ruperto le mostró el paquete de donde desbordaban jugosas cerezas.

—¿Ves— le dijo— como Dios quiere contribuir también a tu puchero? Ahora tienes cerezas, dulces como el almibar, que son una bendición.

—Si. ¡Y qué pesadas son!— exclamó la Hermanita al trasportarlas a la mesa.

Haciendo un esfuerzo las vació en una fuente de greda y entonces, ambos vieron, atónitos, que junto con la cerezas rojas rodaban tintineantes doblones.

Don Ruperto juntó las manos:

— ¡Ahora caigo en que el pobre del ponchito que entró en puntillas y dejó en mi banco esta dádiva era Fray Andresito! Reconozco al santo limosnero de mi niñez. Es él quien ha querido que mañana mis obreros tengan su paga y Santa Filomena tenga su santuario. ¡Dios aprieta, Hermanita, pero no ahoga! ¡Alabado sea Dios!

★

DE QUE SE NUTRE LA ESPERANZA

TODO ser humano, por miserable que sea su condición, tiene una esperanza, pequeña o grande, noble o innoble, inalcanzable o próxima, pero esperanza al fin. Una parte de su ser vive en y de esa esperanza, se alimenta de ella y en ella.

Hay días en que esa esperanza amanece reducida al mínimo, misérrima, espantosamente misérrima. Sus posibilidades de realizarse se han alejado o destruido y el ser humano piensa y siente que más valdría que esa esperanza muriese y con ella aquella parte de su ser que vive de ella y en ella, que se alimenta en ella y de ella y que en esos momentos ni se alimenta ni vive, pues está miserable, tan miserable como la esperanza misma.

Pero el hombre tiene, además, otra esperanza: la de que han de venir días mejores para la suya. La deja, entonces, así, pequeña, entumecida, raquítica, y espera; rechazarla sería rechazarse a sí mismo, matarla equivaldría a matar lo que él más estima en sí mismo.

Hay veces en que el ser humano espera vanamente: su esperanza muere en él, tan marchita como él. Otras veces, en cambio, en aquella raíz casi podrida hay un rebrote, un rebrote que puede morir al poco tiempo o que puede traer otros y otros, fuertes y erguidos, apretados de savia, casi agresivos de vitalidad. El ser humano se siente entonces como debe sentirse un rosal en septiembre: pleno, próximo a estallar, incapaz de resistir la ola de vida que asciende y circula por sus venas. La esperanza está próxima a convertirse en realidad.

Se ha esperado mucho tiempo, han transcurrido muchos días, terribles y amargos días, días de silencio, días en que se prefería no recordar que se tenía una esperanza, días de rencor contra aquello que impedía su desarrollo, días de desprecio para lo que pudiendo vigorizarla, no la vigorizaba. Días de desprecio, en fin, para sí mismo. ¿Cómo se pudo poner una esperanza en manos tan inhábiles, entregarla a dedos tan torpes, a fuerzas tan inútiles?

Todo aquello, sin embargo, no fué en vano: aquí está la esperanza, rebrotando con una fuerza que produce miedo,

con una fuerza que está casi más allá de nuestra capacidad de soportarla. Es triste, claro está, muy triste que una esperanza se nutra de hombres muertos, de ciudades rendidas o destrozadas, de incendios, de sangre y de exterminio, pero no siempre le es dado al hombre elegir la materia con que se nutrirá su esperanza.



P. J. Proudhon

« EL REGRESO DE LA CONFERENCIA »

UN CUADRO DE COURBET EN TODOS SUS DETALLES *

Es sabido que el clero rural debe asistir en virtud de su reglamentos a conferencias mensuales, cuyo objeto es conservar el espíritu de cuerpo entre los eclesiásticos de un mismo cantón y ejercitarlos en la discusión de las cuestiones teológicas. Estas reuniones piadosas, que se realizan por turno en las diversas parroquias, son rematadas por un banquete confraternal, especie de picnic, en que las expansiones de la amistad sustituyen a los ardores de la controversia. En estos acercamientos, que constituyen ciertamente lo mejor de la vida

* NOTA DEL TRADUCTOR.—Gustavo Courbet nació en Ornans, pueblo casi fronterizo de las serranías jurásicas. Después de pasar por su seminario y por el colegio real de Besançon, se trasladó a París para seguir estudios de leyes; pero la pintura lo cautivó de inmediato y abandonó todo por el arte. Muy luego se da a conocer por la audacia de su dibujo y su afán de verdad. Los ataques y burlas de los tradicionalistas lo transforman en jefe de escuela. En sus obras aparecen tendencias sociales, sin espíritu preconcebido al principio, pero que la lucha contra el clasicismo y el romanticismo acentúa cada día más. Desde que expuso por primera vez en el salón de 1845 hasta que la enfermedad, la vejez y las persecuciones pusieron anticipadamente fin a su labor, su producción fué copiosísima. Cuando estalló la guerra franco-prusiana de 1870 ya era célebre. Era republicano de corazón y rechazó la Cruz de la Legión de Honor. Abrazó la causa de la Comuna, fué presidente de la Federación formada por los artistas para resguardar los museos nacionales durante la guerra civil, y como tal, propuso la destrucción de la columna Vendôme, símbolo de las conquistas napoleónicas y sin valor artístico alguno. Fué condenado a seis meses de prisión por el Consejo de guerra de Versalles y a pagar los gastos de reconstrucción de la columna. Puesto en libertad y para sustraerse a nuevas persecuciones, se refugió en Suiza, donde murió el 31 de Diciembre de 1877.

Proudhon era coteráneo y amigo de Courbet. A pesar de sus reservas críticas, fué un defensor apasionado del gran artista. En su obra póstuma *Du principe de l'art et de sa destination sociale* analiza toda la obra pictórica de su amigo y describe minuciosamente algunos de sus cuadros más célebres, como la *Hilandera*, el *Entierro en Ornans*, la *Bañista*, los *Picapedreros*, etc., y el controvertido de los *Curas*, cuyo verdadero título era «Regreso de la Conferencia». Este cuadro fué rechazado en el Salón de 1863 por «ultraje a la moral religiosa», y un fanático lo destruyó posteriormente.

L. DIEZ.

sacerdotal en los campos, los espíritus se animan, los corazones se dilatan, todo se concierta para imprimirle a estos festines la mayor animación. Es el efecto de este regocijo, semi-religioso, semi - epicúreo, idealista y por tanto sensual, el que ha intentado pintar a lo vivo el autor del cuadro, al representar a un grupo de sacerdotes que vuelven a la grey tras dar término a una conferencia cantonal.

La escena se desarrolla en el Franco-Condado, en el más hermoso valle del Jura, el valle de la Loue. En el primer plano vemos a un grupo de cuatro sacerdotes, uno de los cuales, incapaz de arrastrar su vasta corpulencia, ha sido izado sobre un burro, que se dobla bajo la carga. Es el decano; cuenta con cuarenta años de servicios; hace tiempo que ha rebasado la edad del fervor; su frente despejada, sus labios carnosos, su mirada un sí es no es lúbrica en este instante, su traza de Sileno, revelan a un comensal alegre que ha llegado, en esa existencia soñolienta del cura de campo, a la vez idealista y sensualista, a un alto grado de materialización. En verdad, no se sabe dónde puede haber el alma en ese espesor de carne. En el fondo, hombre excelente, que no tiene un solo enemigo entre sus feligreses. Lo sostiene por la izquierda (la derecha del espectador) un joven vicario que tomaríamos por hijo de él, sino fuera más bien su sobrino; hermosote montañés, burlador de sacristía, espejo de beatas, que busca ante todo en la carrera eclesiástica los goces positivos del bienestar, de la vida sin riesgos y de una devoción regalada. Quizás este interesante levita, de aspecto próspero, aunque decente, no tiene aún conciencia de todos los vicios que nuestro verídico pintor ha hecho jugar sobre su rostro. Guardaos, sin embargo: sus cachetes mofletudos, sus ojos vivarachos, sus formas redondeadas, hablan asaz claro, y la policía nos hace de vez en cuando revelaciones espantosas.

A la derecha hay un cura ya en sazón, aunque vivo y ágil, de lentes azules, tez biliosa, cara de zorro o de diplomático, Talleyrand rústico, que sostiene del brazo al Sileno vacilante. Prudente y experimentado, comprende los inconvenientes del escándalo, y quisiera por lo menos salvar las apariencias. Por eso vemos que no le perdona a su viejo cofrade su estado de embriaguez — Beba cuánto quiera, parece decirle, ¡pero quédese en casa y váyase a la cama! — Asido a las riendas del burro hay un abate de buen tono, el huésped del castillo y de las casas pudientes de la región, adorado por

las damas, aficionado a la música en compañía de las señoritas, de breviario dorado, de zapatos con hebillas, de medias bien ceñidas, confesor de condesas, eclesiástico del mundo elegante, aspirante a obispo. Las hablillas aún no le alcanzan; baja la cabeza como si quisiera evadir las miradas, y tirando del asno rebelde se esfuerza por acortar este viaje, que pone a dura prueba su pudor.

Detrás de este grupo camina un seminarista, de rostro cándido, lleno de fervor juvenil, y cuya ambición secreta, que hasta ahora no ha confesado sino a Dios y a su confesor, es consagrarse a las misiones remotas, y que sueña con el martirio. Un tanto desconcertado por lo que ve, sostiene con solícita caridad a un viejo eclesiástico que tropieza y golpea el suelo con su bastón, como si acabase de partir en dos con un argumento perentorio, a los heréticos, filósofos, judíos y a todos los enemigos de la Iglesia. Junto a ellos, y para completar este segundo grupo, avanza resueltamente un cura de tipo especial: es el fraile hercúleo, tallado a escuadra, de faz tremebunda, asombro de los campesinos por la rudeza de sus ademanes, que bebe, fuma y maldice, que ejerce sobre sus feligreses un influjo irresistible por su enérgica vulgaridad. Las funciones de su modesto curato, la administración de su fábrica, no bastan a su potente actividad. Irrumpe en lo temporal; se ha lanzado sobre las obras profanas: siembra, cultiva, explota, emprende, trafica, especula, licita; es comerciante en leña, granos, líquidos y caballos. Transportad por el pensamiento a esta naturaleza vigorosa e inflamable al siglo doce: por poco que medien circunstancias favorables, será un Pedro de Castelnau, un Santo Domingo, un Amaury. Será fundador de la inquisición, marchará a la cabeza del ejército cruzado contra los heréticos, sin distinción de edad ni sexo. Con qué vozarrón habría fulminado el anatema: *¡Fuera de la iglesia no hay salvación! ¡Matad a todos: Dios reconocerá a los suyos!*... Le plugo a la Providencia hacerlo nacer en el siglo diecinueve, después de Voltaire y de la Revolución, cuando la filosofía y el derecho del hombre han establecido por doquier su preponderancia: no es más que un pobre cura de aldea, cuyo ardor se desahoga en regateos de feria o en insípidas conferencias, *inter pocula*. ¡Ah, si Dios bendito supiera sacar partido de los que le aman!... Lo que lo indigna en este momento es la pobreza de medios de sus cofrades: — ¡Mujercitas, expresa con gesto de supremo desdén, que no saben sobrellevar un vaso de vino!-- Y su ademán es tan desapacible, que su teja

rueda por el suelo y el perro del decano ladra deconcertado contra ella.

A distancia respetuosa viene el grupo de la servidumbre, las pinches de la cocinera del banquete, que se llevan en cestos sobre la cabeza algunas sobras succulentas para el desayuno del día siguiente. La criada del sacerdote es uno de esos seres indefinibles que uno sólo encuentra en el mundo del ideal: ni concubina ni esposa, pero más que doméstica; desgarrada, beata, de andar equívoco, de mirada turbia, que tiene su poco de influencia en el gobierno espiritual del rebaño, triste socia de este triste pastor de hombres.

Toda la tropa ésta pasa delante de un añoso fresno, en una excavación del cual se halla una estatuita de la Virgen inmaculada, protegida por una reja. La piedad de las poblaciones, excitada por el clero, ha multiplicado las cruces y las imágenes piadosas a través de los campos, a la vera de los caminos, en todas las encrucijadas. De esta suerte el sacerdote, que vive a la sombra del campanario, junto a las fieles sepulturas, rodeado de imágenes santas, de vasos consagrados, de signos benditos, de objetos de toda especie que constituyen el mobiliario del culto, ungido él mismo por la mano del obispo; el sacerdote, cuyos instantes deben señalarse todos por la exaltación del corazón hacia Dios, que a cada paso que da se siente llamado al recuerdo de la santidad de su vocación por los monumentos que ha levantado con sus propias manos; este sacerdote no puede dar un paso sin exponerse a ultrajar mortalmente su religión y, por poco que se relaje su vigilancia, su vida no será sino un largo sacrilegio.

Bien a la izquierda del cuadro, y como para expresar su moraleja, vemos a un campesino y su mujer cavando la tierra a la vera del camino por donde avanza el cortejo, y distraídos un momento de su trabajo por el espectáculo que presencian. El campesino, grosero, analfabeto, no es por eso menos de su época. No ha leído nada, y no pide leer nada: ni Voltaire ni Rousseau, ni Dupuis, como tampoco al doctor Strauss o al señor Renan. Filósofos, teólogos, artistas, le tienen por igual sin cuidado. Pese a no haber aprendido nada, frecuenta poco la iglesia. Espíritu práctico y positivo, como el Martín de Cándido, ha perdido la fe en el cielo y la opinión favorable al clero. No será él quien corra el riesgo de extraviarse por los delirios del pietismo y las sublimidades del ideal; va derecho al grano y a la acción; es el realismo hecho carne. *¡Quién labora ora!* No se sabe quién le ha soplado al oído que ese dicho

es del Nuevo Testamento, y lo tiene muy presente. A la vista de los santos varones de juerga, ante este contraste fulminante entre la espiritualidad pretenciosa del ministro del altar y la realidad báquica de su existencia, lo invade una risa loca; y esta risa, cuya implacable rusticidad nos choca, no es por eso menos contagiosa; es imposible resistirle después de algunos minutos de examen. Al hombre ponderado por excelencia, al más indulgente y menos inclinado a la sátira, le basta confrontar al sacerdote tal como lo quiere su institución con lo que hace de él la fatalidad de una existencia contradictoria, para que piense que el buen Dios, al instituir el sacerdocio para emblanquecer las conciencias, ha querido ofrecerse una comedia. En cuanto a la mujer del campesino, dominada por las enseñanzas de su niñez, fiel al amor divino, aunque dolorosamente impresionada por lo que le toca en suerte ver, ruega a Dios que perdone a sus frágiles ministros, a quienes promete escuchar siempre como a los dispensadores de sus gracias, investidos por él mismo del poder de atar y absolver.

Obsérvense las oposiciones que ha derramado el artista en su obra, sin buscarlas: la vulgaridad de la escena contrastando con la belleza del paisaje; lo cómico de la situación, con la gravedad del ministerio; la superstición de la campesina, con la impiedad de su marido; el asno, con su jinete. El campesino, rechoncho, huesudo, color de tierra, subraya con su hilaridad vulgar el escándalo dado por los hombres de iglesia, de cuerpos bien nutridos y mofletes de bermejos relieves. Su mujer, cuadrada, retaca, deprimida en su cuerpo y en su alma, criatura sacrificada, no está hecha para reparar por el idealismo de su persona los excesos de los actores principales. ¿Y quién sabe lo que piensan, lo que sienten estas criadas de curas, seres neutros, en quienes el aire de la sacristía ha extinguido, a la vez que toda piedad verdadera, todo sentimiento femenino? Eso no tiene ni corazón ni alma: solteronas que han aprendido el vicio sin el amor, la santurronería sin la religión. La figura más sorprendente del cuadro es quizás la del asno, que tentación nos daría de proclamar como el más razonable de todos, *zōon logicon*, si su genio terco y pertinaz no nos advirtiese que es incurable en su asinismo, y que parece estar ahí para simbolizar el embrutecimiento del hombre por el trascendentalismo de la fe.

Pero lo que no debemos olvidar, so pena de perder el sentido del cuadro y de falsear por completo el efecto así como la intención, es que estos sacerdotes son todos sinceros en su

religión. Tienen la fe de Jesu-Cristo, no lo dudéis: fuera del decano y su sobrino, señalados como dudosos, los demás son verdaderos y celosos creyentes. Lo que los distingue de los mortales es esta alianza de una virtud tan frágil con la energía de una creencia que, al parecer, está hecha para dominar cuanto hay, las pasiones y la carne, el mundo y el diablo. Tal es la inevitable reacción de la naturaleza contra el ideal: a fuerza de aguijar en sí el amor de las cosas celestes, han caído en el sensualismo. El espíritu del siglo, espíritu remolón y voluptuoso, los ha cogido; gustan de vivir bien y de no hacer nada; pecan con sus penitentes, sus ovejas, y han aprendido a no ruborizarse por ello. *Somos hombres como todos*, dicen con serena humildad; no es razón para injuriar nuestra fe y acusarnos de hipocresía. Y cuando más se imaginan *salvándose* por la práctica de sus sacramentos y la meditación de sus misterios, llega el día en que el demonio del quietismo se apodera por completo de ellos, y abandonan a la vez los ejercicios de la piedad y las prescripciones de la moral.

Si no existiese una razón superior a toda fe religiosa, una moral más elevada que la de los cultos autorizados por las leyes; si, como antaño, la Iglesia fuera la madre y la providencia del Estado, sin duda, el cuadro de Courbet sería por demás indecoroso: al señalar abiertamente los deslices del sacerdocio, conmoviera los fundamentos de la fe, y habría razón en proscribirlo. Pero desde la Revolución la relación entre la religión y la sociedad se ha modificado; el legislador ampara al pontificado; el derecho del hombre se ha convertido en juez y maestro del derecho canónico; la moral se ha planteado como dictado de la conciencia, no como una orden de lo alto; de modo que la cuestión de averiguar quién ofrece más garantías, una virtud basada en el ideal o una virtud fundada sobre la recta razón, se ha planteado fatalmente, y la libertad de discutirla es ya un artículo de nuestro derecho público. Aún más, la cuestión está implícitamente resuelta contra la Iglesia por la Constitución del país; y cuando Courbet compuso su cuadro, no se hizo sino el intérprete de la ley y del pensamiento universal. Su obra tenía derecho a la Exposición, derecho a la Academia y al Museo.



LA SINTESIS GENUINA DE LUGONES

INTRODUCCIÓN

DESPUÉS de Sarmiento y Hernández el escritor más representativo del espíritu criollo en el Plata fué, a nuestro juicio, Leopoldo Lugones.* Lugones supera formalmente a Hernández y Sarmiento en el verso y la prosa de sus mejores libros, desde *La guerra gaucha* hasta los *Poemas solariegos*. Sin embargo, no logra imponer un tercero a *Facundo* y *Martín Fierro* por lo mismo que sintetiza las contradicciones de ambos en lo más genuino de su obra, por otra parte incomparable.

Si a pesar de todo se plantea en nuestro idioma con fines puramente didácticos, desde luego, una ecuación algebraica entre estos tres grandes terratenientes (sin estancia) de la literatura argentina, corresponde hacerlo en los siguientes términos respecto de los tres mayores Adelantados de la literatura española del siglo de oro: Sarmiento es a Cervantes lo que Hernández a Lope, y Lugones a Quevedo.

Pero esta clase de ejercicios a que tan aficionados se muestran ciertos profesores de retórica es, aun dentro de nuestro idioma, puro juego de erudición para no ser más que franco disparate fuera de él. Porque si resulta poco honrado y menos honroso suponer, a título de elogio todavía, que Cervantes o Quevedo hubieran firmado como propias algunas páginas de los *Recuerdos de provincia* o *El imperio jesuítico*, es del todo artificioso llamar de buena fe a Sarmiento nuestro Cervantes o a Lugones nuestro Quevedo, pues así dejan de ser ellos mismos en su relativa grandeza o pequeñez para convertirse en simples epígonos.

Claro que allí donde un novelista mediocre como Manuel Gálvez puede llegar a creerse en serio un Tolstoi argentino el procedimiento de las similitudes, dentro o fuera de nuestro ámbito continúa en boga, y no en sentido dialéctico precisamente. Así a Lugones, que asomó desde un principio una fuerte personalidad, originalísima, a no caber duda, dentro de

* Véase «La escuela de Sarmiento» en los números 13 y 14 de BABEL y «El sentido social de Martín Fierro» en los números 40 y 41.

la tradición de su tierra y de su tiempo, los críticos profesoriales no dejaron de enrostrarle todas las influencias pasajeras de su arte o artificio, mejor dicho, destacando apenas su aporte propio, ya considerable, al concluir el siglo pasado.

En verdad, estos dómines de palmeta no supieron siquiera ver su profundo parentesco de cultura y formación espiritual más que sanguíneo (Lugones era también descendiente de frailes y militares) con Sarmiento y Hernández, a quienes tras de glorificar a su modo en sendas obras de historia y de crítica reduce finalmente a un denominador común que es él mismo en las páginas más geniales de su inspiración.

Por nuestra parte, intentaremos demostrarlo sin ninguna pretensión de agotar el tema, digno por cierto de un libro que, desgraciadamente, no estamos en condiciones de escribir, más por falta de recursos materiales que de una clara perspectiva histórica. Un libro sobre Lugones requiere un año o dos de trabajo continuo sin recompensa en nuestro medio, si no se lo somete a los cánones de la crítica oficial.

Antes de la aparición de *Las montañas del oro*. Rubén Darío, el único de los poetas que recibieron a Lugones en el viejo Ateneo de Buenos Aires capaz de hacerle entera justicia por su propia mano, publicó una brillante y difusa presentación del recién llegado que contiene ya un atisbo de su verdadera personalidad.*

Por lo pronto, el autor de *Azul y Prosas profanas*, con no ser del país, ubica de entrada al joven Lugones entre los suyos y sólo después de hablar de un Almafuerte a alta temperatura, menciona de paso a Walt Whitman por la «hermosa libertad de esos pensamientos expresados de un modo primitivo... esos ímpetus salvajes, esas renovaciones del vocabulario bíblico o de tal autor querido... atrayentes de especial poesía.»

Darío lo hace, es claro, un poco *pro domo* también, porque necesita defender, según dice, los pabellones nuevos que a la manera de los modernos ingleses, franceses, alemanes e italianos, él enarbola, por lo menos, en el terreno de nuestra métrica indócil. De cualquier modo, hablando en general, arguye:

«Los nuevos poetas americanos de idioma castellano, hemos tenido que pasar rápidamente de la independencia men-

* «Un poeta socialista: Leopoldo Lugones». *El Tiempo*, mayo 12 de 1896. Reproducido en el número especial de *Nosotros*, Buenos Aires, mayo - julio, 1938.

tal de España a... la corriente cerebral que hoy une en todo el mundo a señalados grupos que forman el culto y la vida de un arte cosmopolita y universal.»

Y refiriéndose particularmente a Lugones, comenta:

«Lugones pertenece a ese cuerpo cuyos miembros se reconocen y se ligan a través de las distancias y las lenguas, y cuyo principal gloria es el ser abominados, desconocidos, temidos o desdeñados por la crítica normal e invariable de los tullidos estilicistas y pedagogos de casilla.»

Pero ¿cómo llega Lugones a abrazar por completo este movimiento revolucionario que tantas resistencias levanta aun en el campo puramente estético? Desde luego, a través de su propia inconfundible personalidad y de su arrimo a las letras más válidas de la naciente literatura nacional. El acierto de Rubén Darío consiste en apuntarlo precisamente al final de su ya recordado artículo, aludiendo a las primeras manifestaciones de los futuros *Crepúsculos del jardín*.

«No es espontáneo, ni natural, ni Lugones, — afirma — a nos viene hablando en un soneto de las joyas de lord Buckingham, las gavotas, las sayas de satén, etc. ¡Qué va a saber Lugones bailar gavotas! exclama. Pericón y gato sí, porque en él está también el alma del gacho.»

Tras un ambiguo poema confirmatorio del neófito, el maestro recuerda que ha sorprendido muchas veces a su amigo con la vidalita en la boca, mientras asomaba a sus ojos el espíritu visible de Santos Vega.

La filosofía de esta observación, a pesar del reproche injusto que contiene acerca de la deliberada exclusión de una palabra que tampoco aparece en el grandioso poema de Hernández, resulta verdaderamente perspicaz, sobre todo en su primera parte, que transcribimos sin más escolios:

«Sí, ese socialista, no por muy ahincado menos bisoño, que ha borrado del diccionario de su alma la palabra patria, ha sentido de cerca la influencia del pueblo suyo, y se me antoja que su socialismo, y su anarquismo, ha tenido por principio el amor a la poesía nativa, desterrada y aniquilada por la invasión del mercantilismo burgués...»

Las montañas del oro, el primer libro de Lugones que logra ver la luz en Buenos Aires a fines de 1897 coloca en seguida a su autor a la vanguardia de los nuevos poetas de América, junto a Rubén Darío.

Con este libro Lugones introduce su propio mundo en el correspondiente orbe poético; las propias sierras nativas en las mitológicas montañas del oro... Su canto inicial en rotundos alejandrinos llenos de énfasis, pero también de una gran belleza en sus momentos más felices, excede todos los límites del agro nativo en un saludo majestuoso a los cuatro puntos cardinales: Hugo y Whitman, Dante y Homero.

*El canto de esos grandes es como un tren de guerra
Cuyas sonoras llantas surcan toda la tierra.*

La emulación del padre Hugo en primer término es innegable; pero qué atrás quedan Andrade y Almafuerte y qué próximos se siente de improviso a Sarmiento y Hernández en la expresión directa y cabal de este paréntesis:

*(La alondra y el sol tienen de común estos puntos:
Que reinan en los cielos y se levantan juntos.)*

No falta tampoco el tono familiar hasta con su vaga reminiscencia casera en más de un trozo del largo poema:

*... Los grandes hombres y las montañas
Es forzoso que siempre estén de pie. Extrañas
Son las voces del antro a la cumbre. La oruga
Que esconde entre las hierbas su imperceptible fuga.
Ve al águila y opina: «eres un ser monstruoso,
Aguilal» En cambio, el águila no ve a la oruga. Hermoso
Y divino es el cielo porque es indiferente
A las nubes que le hacen mal. El cielo es la frente
De Dios, sobre la eterna serenidad suspensa:
Cuando se llena de astros y sombra es que Dios piensa.*

Pero cuántos, cuantos hermosos dísticos desde el primero que empieza:

*Es una gran columna de silencio e ideas
En marcha...*

hasta el último que concluye:

Y decidí ponerme de parte de los astros.

Lugones hace en *Las montañas del oro* el descubrimiento de casi todas las vetas de su cantera ulterior... Cíclope audaz y decidido, no lo detiene ningún riesgo ante el más allá subterráneo o metafísico. Poe y Baudelaire le dan el buen ejemplo en un sentido tanto como Hugo y Leconte de Lisle en el otro. La «Rima de los ayes» y «Metempsicosis», resonantes de ecos, revelan filones nuevos, inexplotados en nuestro idioma. El comienzo de la «Rima» justifica tal vez aquello de Almafuerte a alta temperatura; pero, en verdad, se trata ya de otra atmósfera. Los «Salmos del combate» preludian el triunfo definitivo del joven poeta sobre sus propias fuerzas encontradas.

Como dijo Rubén Darío más tarde, «*Las montañas...* que conocen bien tan sólo los simbades del castellano, atraerá siempre a los buscadores de oro y a los cateadores de poesía. En sus cumbres hay aglomeraciones de fábricas con chimeneas y casas de veinte pisos; intrincadas y sabias arquitecturas; y abajo, la extensa pampa con sus bíblicos ganados.» Realmente, esto se llama ver bien.

Muchas confidencias tumultuosas confirman al maestro, desde la «Oda a la desnudez» hasta «Las torres», pasando por la «Laudatoria a Narciso», cuyo son de flauta anuncia ya *Los crepúsculos del jardín*:

*Tomaré de tí ejemplo en firmeza y constancia
de corazón, mis manos lavaré en tu fragancia.*

*Oh, dame las propicias lumbres del Arte sacro,
Y así en mi carne pueda fijar tu simulacro;*

*Y así mi sangre, viña de esplendores divinos
se nutra con la propia sustancia de sus vinos.*

Lástima que el discípulo como veremos luego, continuara también buscándose fuera de sí mismo. Su crepusculario, compuesto en gran parte aquel mismo año y el anterior, responde más a los versos centrales de esta invocación que a los últimos.

A principios de 1898 Lugones adelanta en «La Biblioteca de Groussac dos capítulos de *La guerra gaucha*: «Estreno» y «Táctica» que sólo recoge en volumen con ligeras modificaciones una década más tarde.

M. Paul Groussac, aquel adusto crítico francés, aclimatado en Tucumán, ejercía por entonces en Buenos Aires, con esa superioridad que sólo cede ante «los grandes de la tierra», cierto magisterio intelectual único en nuestra historia.

La notícula que le dedica a Lugones entre los redactores de «La Biblioteca» por su triple colaboración, pues también había publicado allí «La voz contra la roca» incluida en *Las montañas...* contrasta en todo sentido con el generoso artículo de Darío. Vamos a copiar unas líneas de tan alabado sermoneo dominical con referencias a Hugo, Leconte de Lisle y Michelet, para que el lector juzgue por su propia cuenta del tono con que Groussac habla de Lugones:

«Fáltale — dice — un poco de sosiego material para ser todo un burgués como sus maestros; y un gusto literario más cultivado para ser un poeta y un escritor a secas sin el epíteto que es siempre el rótulo del mimetismo. *Ars longa vita brevis*. Si trabaja y se esfuerza... si ahonda pacientemente los estudios fundamentales... si se convence, etc., etc., la América latina tendrá quizá otro literato de talento robusto y personal.»

Entre tanto, nada se le escapa al insigne crítico ni siquiera el consabido latinajo entre tantos augurios condicionales.

Mas, por si alguien quisiera ver todavía en estas palabras un acierto profético de otro orden, agregaremos que Lugones, no obstante haber defendido en los últimos años de su vida el régimen burgués (que recluta entre los corifeos del nacionalismo exclusivo a sus mejores abogados) nunca supo de sosiego material y murió sin compartir ninguno de los mezquinos ideales de aquél. Vale decir, sin casa propia, sin libreta de ahorros y sin jubilación burocrática.



DOS ILUSTRES LUNATICOS

O LA DIVERGENCIA UNIVERSAL.

H. (*Desconocido, al parecer escandinavo*).Q. (*Desconocido, al parecer español*).

ANDÉN desierto de una estación de ferrocarril, a las once de la noche. Luna llena al exterior. Silencio completo. Luz roja de semáforo a lo lejos. Bagajes confusamente amontonados por los rincones.

H. es un rubio bajo y lampiño, tirando a obeso, pero singularmente distinguido. Viste un desgarrado traje negro y sus zapatos de charol chillan mucho. Lleva un junco de puño orfebrado que hace jugar vertiginosamente entre los dedos. Fuma cigarrillos turcos que enciende uno sobre otro. Un tic le frunce a cada instante la comisura izquierda del labio y el ojo del mismo lado. Tiene las manos muy blancas; no da tres pasos sin mirarse las uñas. Camina lanzando miradas furtivas a los bagajes. De cuando en cuando vuélvese bruscamente, lanza un chillido de rata a la vacía penumbra, como si hubiese alguien allí; después prosigue su marcha haciendo un nuevo molinete con el bastón.

Q. gallardea un talante alto y enjuto; una cara aguileña, puro hueso; hay en él algo a la vez de militar y de universitario. Su traje gris le sienta mal; es casi ridículo, pero no vulgar ni descuidado. Trátase a todas luces de una altiva miseria que se respeta. Este hace el efecto de la reserva leal, tanto como el otro causa una impresión de charlatán sospechoso. Van uno al lado del otro; pero se advierte que no conversan sino para matar el tiempo. Cuando llegue el tren, no tomarán el mismo coche. Tampoco se han visto nunca. Q. sabe que su interlocutor se llama H. porque al llegar traía en la mano una maleta con esta inicial. H. ha visto, por su parte, que el otro tiene un pañuelo marcado con una Q.

ESCENA PRIMERA

H.— Parece que hay huelga general y que el servicio está enteramente interrumpido. No correrá un solo tren durante toda la semana.

Q.— Locura es, entonces, haber venido.

H.— Más locos son los obreros que se declararon en huelga. Los pobres diablos no saben historia. Ignoran que la primera huelga general fué la retirada del pueblo romano al Monte Aventino.

Q.— Los obreros hacen bien en luchar por el triunfo de la justicia. Dos o tres mil años no son tiempo excesivo para conquistar tanto bien. Hércules llegó al confín de la Tierra buscando el Jardín de las Hespérides. Una montaña le estorbaba el paso, y poniendo sus manos en dos cerros, la abrió dando entrada al mar, como se abre, trozándola por los cuernos, la cabeza cocida de un carnero.

H.— Bello lenguaje; pero no ignoráis que Hércules fué un personaje fabuloso.

Q.— Para los espíritus menguados, fué siempre fábula el ideal.

H.—(*volviéndose bruscamente y saludando con su junquillo la sombra*).— No sé si lo decís por mí, pero os advierto que no acostumbro comer carnero con los dedos. Vuestra metáfora me resulta un tanto brusca.

Q.— Aunque no me es desconocido el juego del tenedor en las mesas de los reyes, he gustado con más frecuencia la colación del pobre. Desde la baya del eremita al pan del trabajador, duro e ingrato como la gleba, mi paladar conoce bien el sabor de las Cuaresmas.

H.— Os aseguro que tenéis mal gusto. Por mi parte, compadezco al desdichado, ciertamente. Quiero la igualdad, pero en la higiene, en la cultura y en el bienestar: la igualdad hacia arriba. Mientras ello resulte un imposible, me quedo en mi superioridad. ¿Para qué necesitamos nuevas cruces, si un solo Cristo asumió todas las culpas del género humano?

Q.— Es condición de la virtud indignarse ante la iniquidad, y correr a impedirla o castigarla, sin reparar en lo que ha de sobrevenir. ¡Pobre de la justicia vilipendiada, si su socorro dependiera de un razonamiento irreprochable o del desarrollo de un teorema! En cuanto a mí, no deseo ni la igualdad, ni nuevas leyes, ni mejores filosofías. Solamente no puedo ver padecer al débil. Mi corazón se subleva y pongo sin tasa al rescate de su felicidad, mi dolor y mi peligro. Poco importa que esto sea con la ley o contra la ley. La justicia es, con frecuencia, víctima de las leyes. Tampoco sabría detenerme ante el mismo absurdo. Pero cada monstruo que me abortara en fantasmagoría, cada empresa vana que consumiera mi esfuerzo, fueran a la vez incentivos para empuñarme contra la amar-

ga realidad. ¿Por qué hallais mal que luchen a costa de su hambre estos trabajadores? ¿No es el hambre un precio de ideal como la sangre y como el llanto?

H.— Poseéis una elocuencia prestigiosa que me habría arrebatado a los veinte años, cuando creía en las pájaros y en las doncellas.

Q.— Os estimaría que no dierais alcance despectivo a vuestras palabras sobre las doncellas y los pájaros.

H.— De ningún modo. Los pájaros tienen el mismo paso (*da una corridita ornitológica sobre las puntas de los pies*) que las doncellas; y las doncellas tienen tanto seso como los pájaros. Pero vuelvo a nuestro tema. Los obreros nada lograrán con la violencia. Os advierto, entre paréntesis, que no soy propietario. Los obreros deben conformarse con las leyes: aprovechar sus franquicias, elegir sus diputados, apoderarse del Parlamento, cometer algunas extravagancias para despistar a los ricos, como volverse ministros, por ejemplo, y después apretarles — crac — el tragadero... si es que no prefieren tornarse ricos a su vez. Es un sistema.

Q.— Un sistema abominable. Parecísme, a la verdad, un tanto socialista.

H.— No lo niego; pero a mi vez os he notado un poco anarquista.

Q.— No os ocultaré mis preferencias en tal sentido. Amé siempre al paladín; y no sé por qué anhelo de justicia desatentada, por qué anormal coraje de combatir uno solo contra huestes enteras, por qué sombría generosidad de muerte inevitable, en la misma obra de la vida que otros gozarán mejor, sin perjuicio de seguir llamando crimen a la benéfica crueldad, — hallo semejanzas profundas entre los caballeros de la espada y los de la bomba. Los grandes justicieros que asumen en sí mismos el duro lote del porvenir humano, son como esas abejas de otoño que amontonan a golpes de aguijón la comida futura de una prole que no han de ver. Matan para el bien de la vida que sienten germinar en su muerte próxima, arañas y larvas: como quien dice tiranos e inútiles, quizá inocentes, siempre detestables. Ellas carecen, entretanto, de boca; no pueden gustar siquiera una gota de miel. Sus únicos atributos son el amor y el aguijón. Su obra de porvenir finca en la muerte, que al fin es el único camino de la inmortalidad.

H.— ¿Sois espiritualista?

Q.— En efecto; ¿y vos?

H.— Materialista. Dejé de creer en el alma, cuando me volví incrédulo del amor. (*Estremécese con violencia.*)

Q.— ¿Tenéis frío?

H.— No, precisamente, Es una preocupación absurda, si queréis, y me la causa aquel cofre antiguo. A la ida me parece un elefante, y a la vuelta una ballena.

Q.— (*aparte.*)—Esta frase no me es desconocida (*alto*). Es mi cofre de viaje. Su color y su forma, tienen, en efecto, algo de paquidermo.

H.— Hay cofres escandinavos que parecen cetáceos. (*Vuelve a estremecerse.*) Es singular, cómo preocupan estas cosas. Estas cosas que uno adquiere en el comercio con los espectros. Notaréis que a veces, cuando voy a pronunciar tal o cual palabra, el ojo izquierdo se me mete por equivocación debajo de la nariz. Es una curiosa discordancia. El sonido de la *erre* me hace vibrar las uñas. ¿Sabéis por qué chillan tanto mis zapatos?

Q.— No, por cierto.

H.— Es una moda húngara. La he adoptado para acordarme siempre de que debo poner los pies en el mismo medio de las baldosas, sin pisar jamás sus juntas. Manía que tiene, naturalmente, su nombre psicológico.

(*Oyese a lo lejos el rebuzno de un asno.*)

¡Ah, el maldito jumento lunático! Creo que le arrancaría las orejas con gran placer, a pesar de su bondad específica.

Q.— Yo amo a los asnos. Son pacientes y fieles. Su rebuzno distante, en las noches claras, está lleno de poesía. Uno conocí, que, por cierto valía el del Evangelio.

H.— ¿Cabalgastéis en asno...?

Q.— Oh, no Quien lo hacía era un criado que tuve. Hombre excelente, pero erizado de adagios como un puercoespín de púas.

H.— Yo nunca tuve un criado fiel, ni creo que los haya. Criada, sí, hay una; pero es invisible: la Perfidia.

Q.— Diréis, más bien, fiera abominable.

H.— «Perfidia» es el nombre de la voluptuosidad que produce el crimen.

(*Cogiendo amistosamente el brazo de su interlocutor.*)

Hablabais de la bomba. La bomba es necia. Pregona su crimen como una mujerzuela borracha. No es así como debe procederse.

Un día descubrí que os han torcido brutal e irremediablemente la vida. Sentís que la sangre se os cuaja de fatali-

dad, como se escarcha un pantano. No os queda ya más placer posible que la venganza. Ensayad, entonces la demencia. Es el mejor salvo-conducto. El loco lleva consigo la ausencia. Al desalojarle la razón, entra a habitarle el olvido.

(*Girando con rapidez y parando en cuarta un golpe imaginario.*)

No será malo que procuréis hablar con algún espectro. Frecuentad las sesiones espiritistas; es hermoso y compatible con el materialismo. Os quedará la manía de silbar vivamente cuando vayáis de noche por sitios solitarios, y cierto frío intermitente en la espina dorsal. Pero los espectros dan buenos consejos. Conocen la filosofía de la vida. Hablan como los parientes fallecidos.

Poco a poco os vais sintiendo un tanto contradictorio. Cometéis extravagancias por el placer de cometerlas. Ya habéis visto lo que me pasa. Mis zapatos chillones y mis molinetes, son estúpidos; pero muy agradables. Son también imperativos categóricos; formas de razonar un tanto diversas. Pero el imperio de la razón es tan efectivo en ellas como en la lógica de Aristóteles.

Luego, os entra el fastidio de todo lo que ama y de todo lo que vive. Una individualidad estupenda se desarrolla en vuestro ser. Habéis comenzado rompiendo espejos o manchando tapices con los pies llenos de lodo. Luego matáis fríamente de un pistoletazo en la oreja a vuestra yegua favorita. Luego queréis algo mejor. Ya estáis a punto. Causáis, entonces, algún mal irreparable a vuestra madre o a vuestra mujer.

Q.— ¡Caballero!

H.— ¡Eh, qué diablos! Dejadme concluir. Habéis de saber que yo he amado. Amé a una muchacha rubia y poética; una especie de celestial agua-marina. Dábale por el canto y por la costura; no desdeñaba los deportes; pedaleaba gallardamente en bicicleta. A la verdad, era un tanto insípida, como la perdiz sin escabeche. Pero yo la quería con una pureza tan grande, que me helaba las manos. Gustábame pasar largas horas, recostada la cara en sus rodillas, mirando el horizonte que entonces queda a nivel con nuestras pupilas. Ella doblaba gentilmente la cabeza con una domesticidad de prima que aun no sabe. Tenía la barbilla imperiosa; los ojos

lentos de un azul juvenil e ignorante, cuando se los miraba bien abiertos; pero habitualmente entornábalos soñador desdén. La nariz, con un ligerísimo respingo. La boca un tanto grande, pero todavía sin el más ligero desborde de ese carmín virginal que mancha los labios sabedores del amor, como el vino a una copa en que se ha bebido. Eran, quizá, un poco altos y flacos sus pómulos. Peinábase muy bien, con sólo dos ondas irregulares y flojas de su rubio cabello. Llevaba siempre descubierta la nuca, exagerando su desnudez con una inclinación de lectura. Esta era toda su coquetería. No se distinguían sus senos bajo la blusa. Sus manos y sus pies eran más bien largos. La fada «troteusse» dejaba adivinar sus piernas delgadas y altivas de nadadora. Pues la natación constituía su encanto. La natación con peligro de la vida. Prohibiéronsele en vano. Iba al río con pretexto de coger violetas y ortigas para adornar su sombrero de sol.

Dejé de amarla cuando descubrí que pertenecía a la infame raza de las mujeres. No sé bien si murió o si se metió monja. Para ambas cosas tenía vocación. ¡Adiós, para siempre, novia mía! (arrojando de un papirotazo su cigarrillo hasta el techo). ¡Pero no advertís, caballero, que hablamos un idioma desusado, con pronombres solemnes, como si fuéramos hombres de otros tiempos?...

Q.—No sabría yo hablar de otro modo, bien que comprenda lo pretérito de este lenguaje; mas úrgeme refutar vuestros errores respecto de la mujer. Téngola yo por corona de los días laboriosos que uno vive en la inclemencia del destino; sus vestidos son follaje de palmera en toda peregrinación; en toda ardua empresa, su amor es el jardín de la llegada. Si esposa, es fuente tranquila donde os miráis al beber, y cuya agua está eternamente al nivel de vuestra boca. Si doncella, es íntegra llama donde pueden encenderse cuantas otras queráis, sin que por esto se aminore.

También yo amé a una beldad por todo concepto extraordinaria. Baste deciros que un solo aliento de su boca haría florecer en pleno invierno todos los rosales de Trebizonda. Si la mar no tuviera color, entrara ella para bañarse en la mar, y volviérase ésta azul por duplicarse en firmamento para tal estrella. Su alma tiene la claridad del cristal en su pureza; el timbre en su fidelidad; el brillo en su inteligencia; la delicadeza en su sensibilidad; la naturaleza ígnea en su ternura; la apariencia de hielo en su discreción. Y no cristal como quiera, sino vaso veneciano que habría conquistado a fuerza de armas, para un altar, el Emperador de Constantinopla.

H.—Si yo conociera una mujer así, es probable que también amara.

Q.—(irguiéndose con jactancia.) ¿Creéis que yo la conozca o haya conocido? Si la amo, es porque nunca ojo mortal profanó su increíble hermosura.

H. (sofocando una buchada de risa).—Os felicito, caballero. He ahí un modo de entender el amor, que no estaba en mis libros. Mi filosofía respecto a las tórtolas, es, ahora, la de un gato goloso. Dejarlas volar o comerlas. (Mira de pronto al cielo, y notando que la luna está ya visible de aquel lado, hace una mueca desagradable.) Ahí tenéis a la luna, el astro de los amantes líricos. ¡La luna! ¡Qué inmensa bobería! Cada uno de sus cuartos me produce una jaqueca (increpándola). ¡Eh, imbécil solterona, bolsa de hiel, ripio clásico, ladradero de canes, hostia de botica, cara de feto! (Apretándose las sienes.) ¡Uf, qué dolorazo de cabeza!

Q.—Mi alma se llena de poesía con la luna, como el agua de una alberca que fué sombría entre abetos. A ella debo mis más ilustres inspiraciones. Años llevo de contemplarla, siempre propicia a mi amor. Para mí representa la lámpara de la fidelidad.

H.—Hembra es, y como tal, bribona sin remedio.

Q.—(poniéndose muy grave.) Caballero, la luna me filtra en el cerebro fermento de mil hazañas. Vuestros propósitos sobre la mujer, son ciertamente intolerables; y no más que por reduciros a la decisión de las armas, os digo que tomo a la luna por doncella desamparada y que no permitiré a su respecto ninguna insolencia.

H. (encogiéndose con un tiritamiento enfermizo).—No desconoceréis, caballero, que os he tolerado a mi vez muchas impertinencias. La medida está colmada. La luna es una calabaza vacía y nada más. Sé bien que, quien escupe al cielo, cáele la saliva en la cara. Pero tengo la boca llena como un mamón que echa los dientes, y veo allá un cartel que dice: «Es prohibido escupir en el suelo.» (¡Qué gramática!) Así, pues, oh luna, buena pieza, toma (escupe hacia la luna), toma (escupe nuevamente), toma (escupe por tercera vez).

BABEL

Q.—(sacando su tarjeta).— Mis señas, caballero.
 H.—(haciendo lo propio).— Caballero, las mías.
 Q.—(mirando la cartulina con asombro).— ¡El Príncipe Hamlet!
 H.—(leyendo con interés).— ¡Alonso Quijano!

ESCENA SEGUNDA

Don Quijote alzando los ojos hacia su interlocutor, advierte que ha desaparecido.
Hamlet, buscando con una mirada a don Quijote, nota que ya no está.
 El lector se da cuenta, a su vez, de que don Quijote y Hamlet han desaparecido.



B a b e l

REVISTA DE ARTE Y CRITICA
 FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza
 Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,
 Laín Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número. \$ 20 mlch.
 Suscripción a 6 números. \$ 80 mlch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número. 0,50 u.s.
 Suscripción a 6 números. 2,50 u.s.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Slgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster.

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA APOLO
Pasaje Matte 88 - Tel. 66727
 TODO LO QUE SE LEE EN ESPAÑOL
 CONCEDEMOS CRÉDITOS
 CONSULTE CONDICIONES

LIBRERIA DE OCCIDENTE
Alameda B. O'Higgins 1313
Teléfono 69649
 LITERATURA GENERAL

LIBRERIA CRUZ DEL SUR
Bandera 445 - Tel. 88118
 EDICIONES CRUZ DEL SUR

LIBRERIA POLLAK
 LIBROS EN ALEMÁN NUEVOS Y
 ANTICUARIADO EN GENERAL
Huérfanos 972 - 3er. P. Of. 314
Casilla 9620 - Fono 82180
 SANTIAGO

LIBRERIA CULTURA
Catedral 1039 - Tel. 68813
Casilla 4130
 AHORA A VEINTE PASOS DEL
 CORREO Y DE LA PLAZA DE
 ARMAS

LIBRERIA PLUS ULTRA
 (Ex-Librería Ercilla)
Agustinas 1639 - Tel. 62222
Casilla 4655.
 LIBROS EN TODAS LAS RAMAS
 DEL SABER HUMANO

EDITORIAL DEL PACIFICO
 — S. A. —
Ahumada 57 - Teléfono 89166
Casilla 3126
 LIBRERÍA.—SALA DE
 EXPOSICIONES

LIBRERIA SALVAT
Agustinas 1043 - Tel. 84734
 LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
 GENERAL

LIBRAIRIE FRANCAISE
Estado 36 - Tel. 80504
Casilla 43 D.
 LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y
 LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.
 EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS
 LAS NOVEDADES

LIBRERIA SENECA
Huérfanos 836 - Tel. 23698
Casilla 13171
 LIBROS TÉCNICOS Y
 LITERATURA EN GENERAL

LIBRERIA NASCIMENTO
San Antonio 240 - Tel. 32062
 LAS MEJORES EDICIONES
 NACIONALES Y EXTRANJERAS

LIBRERIA CORCEL
Corrientes 1681 Buenos Aires
 OBRAS ARGENTINAS Y
 AMERICANAS EN GENERAL

EL LIBRO: UN REGALO DIGNO Y PERDURABLE. PREFIERALO Y ELIJALO ENTRE LAS EDICIONES NACIONALES \ CAMARA DE EDITORES DE CHILE

R
ROPAS
RUDDOFF

El sello de
Distinción
conocido en todas partes

SALVADOR SANFUENTES 2853

NI AL HACER TRAJES NI
AL LEGISLAR PROCEDE EL
HOMBRE SIMPLEMENTE POR
AZAR, Y SU MANO VA SIEM-
PRE GUIADA POR MISTERIO-
SAS OPERACIONES DEL ESPÍ-
RITU. EN TODAS SUS MODAS
Y TRABAJOS PREPARATORIOS
SE ENCONTRARÁ ESCONDIDA
UNA IDEA ARQUITECTÓNICA;
SU CUERPO Y SU TRAJE SON
EL SITIO Y LOS MATERIALES
EN EL CUAL Y CON LOS
CUALES HA DE EDIFICARSE
EL EDIFICIO EMBELECIDO
DE SU PERSONA.

CARLYLE/Sartor Resartus



R
ROPAS
Ruddoff

SUCURSALES: SANTIAGO - VALPARAÍSO Y CONCEPCIÓN